

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

UNIDAD IZTAPALAPA

DIVISIÓN: CSH

GRADO: LICENCIATURA

**TÍTULO DEL TRABAJO: FORTUNATA Y LA MORAL SOCIAL
DEL SIGLO XIX**

**NOMBRE DEL PARTICIPANTE: PABLO ALEJANDRO PIÑA
MORALES**

MATRICULA: 88332170

ASESOR: TERESA LOBO IBÁÑEZ



MÉXICO D.F. A 13 DE FEBRERO DEL 2006

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

UNIDAD IZTAPALAPA

DIVISIÓN: CSH

GRADO: LICENCIATURA

**TÍTULO DEL TRABAJO: FORTUNATA Y LA MORAL SOCIAL
DEL SIGLO XIX**

**NOMBRE DEL PARTICIPANTE: PABLO ALEJANDRO PIÑA
MORALES**

MATRICULA: 88332170

ASESOR: TERESA LOBO IBÁÑEZ

MÉXICO D.F. A 13 DE FEBRERO DEL 2006

INDICE

Introducción	2
I. Europa en el siglo XIX	6
1.1. Formas de comportamiento colectivo en la España del siglo XIX	9
1.2. La moral social en España en el siglo XIX	10
1.2.1. La Ilustración	11
1.2.2. El Romanticismo	13
1.2.3. El Moderantismo	14
1.2.4. El Positivismo	15
II. La institucionalización de la caridad: Guillermina	18
III. Entre el sentimentalismo y el ensueño: Fortunata y Jacinta	32
IV. Juanito Santa Cruz, o la forma Moderada de existencia	46
V. La vida sujeta a leyes	62
VI. Sinrazones. Maximiliano Rubín	74
Epílogo	86
Referencias	88

Introducción

Es un hecho indiscutible que *Fortunata y Jacinta* constituye la obra maestra del realismo español, novela escrita por don Benito Pérez Galdós cuando pasaba los 40 años de edad y era ya un autor consagrado. La novela fue bien recibida por el público y contó con críticos de la talla de Don Marcelino Menéndez Pelayo y Leopoldo Alas Clarín, las dos plumas con mayor influencia en el siglo XIX en España; sin embargo, la novela no tuvo el reconocimiento que merecía.

Fortunata fue originalmente publicada por entregas en el periódico bimestral *La Guirnalda*, impreso destinado al público femenino. La edición de 1887 contaba con 1750 páginas, todas ellas absolutamente necesarias para lograr el objetivo que Galdós se había impuesto, esto es, captar con todo detalle la historia de Madrid entre 1869 y 1876, años durante los cuales fueron dejados atrás los últimos resabios del Antiguo Régimen y se consolidó la clase media española; fueron los años de la Restauración. Dicho período representa el establecimiento de una sociedad civil dominada por los industriales urbanos y las élites mercantiles, aunque la población rural seguía siendo mayoría en la península.

Si entendemos el realismo como un movimiento que pretende exhibir los conflictos que se producen entre el individuo y las instituciones, siempre por encima de él, *Fortunata* es el ejemplo más acabado del realismo español. Galdós se embarcó en la tarea de realizar un fresco de la vida española, destacando una serie de personajes locales, igual que hicieran Cervantes y Velásquez. Y, al igual que ellos, supo encontrar

dentro de la sordidez de la realidad española lugar para el humor, la comicidad y el gozo costumbrista. Fiel a la tradición realista reconoció la necesidad de incluir todos los estratos sociales al interior de sus creaciones.

Luego de revisar algunas notas biográficas sobre Galdós, algo que llama la atención, es la recurrencia con que se compara a nuestro autor con Cervantes. Al hacer dicha confrontación, se destaca, la forma en que ambos autores supieron captar el alma española en toda su complejidad, cualquier cosa que esto signifique. Sin embargo, no todos están de acuerdo con la asociación que se hace de ambos narradores, para algunos, la comparación, incluso, se antoja excesiva.

Desde nuestro punto de vista, lo que hermana a ambos autores es su capacidad para captar, más que la esencia de un pueblo, algo que llamaremos la síntesis de una época. Esto denota que ambos escritores vivieron épocas decisivas para la historia de España y que ambos supieron reflejar de manera magistral las contradicciones de las épocas en que vivieron y que conocieron a cabalidad.

El genio de los dos escritores les permitió integrar la mayor parte de los registros literarios, artísticos y filosóficos de sus respectivas épocas; en consecuencia, fueron capaces de abarcar, con su obra, el espíritu de un período determinado de tiempo. Lo cual significa que la obra de ambos escritores constituye, además de extraordinarias obras de arte, testimonios incomparables para la historia cultural de España.

Obviamente, la obra cervantina que mejor refleja esa capacidad de síntesis es *El Quijote*, y Galdós hace lo propio en su *Fortunata y Jacinta*. De hecho, ninguna novela proporciona una mejor visión de los conflictos sufridos al interior de la sociedad española del siglo XIX, que la proporcionada por Galdós en su *Fortunata*. Considerando, claro está, que los *Episodios nacionales*, constituyen un género, digamos, híbrido; “historia novelada” los llamaba nuestro autor.

De tal modo, todo aquel interesado en conocer, y comprender, los diferentes aspectos de la sociedad española del siglo XIX, deberá acudir a la novela *Fortunata y Jacinta*, para desentrañar el alma de la época. El presente trabajo está encaminado a contribuir un ápice sobre esta cuestión ontológica: ¿a qué se alude cuando se habla del “alma” del pueblo español?

Consideramos pertinente realizar una exposición somera de los principales aspectos que determinaron el pensamiento del siglo XIX en el resto de Europa, para después discutir en detalle la fisonomía que presentaron las diversas corrientes en España y que encontraremos reflejados en nuestra novela. Sólo nos ocuparemos de aspectos generales de la realidad socioeconómica europea, en cuanto a la realidad española, haremos una exposición más detallada, aunque destacaremos sólo aquellos aspectos relevantes para el trabajo.

Estamos plenamente conscientes de que uno de los principales riesgos que enfrentamos al intentar localizar “marcas” o indicios del espíritu histórico y filosófico dentro de la novela es el de forzar los elementos del texto; con todo, creemos que

dichos elementos están ahí, no encajados como cuerpos extraños dentro de la novela. Acaso sucede lo contrario, y, trataremos de mostrar en lo posible que corresponden a la *ética de una época* –entendida ésta como forma de vida-, visualizando detalladamente su huella, evitando a toda costa distorsionar los hechos para obligarlos a ceñirse a nuestro punto de vista.

I. Europa en el siglo XIX

Para Europa, el siglo XIX significó, entre otras cosas, el triunfo definitivo del racionalismo humanista de la Ilustración del siglo XVIII. Quienes se afiliaron a esta avasalladora concepción del mundo consideraban que la historia humana era un avance más que un retroceso. Podían observar que el conocimiento científico del hombre y su control sobre la naturaleza aumentaban incesantemente. Creían que la sociedad humana y el individuo podían perfeccionarse por la misma aplicación de la razón, y que estaban destinados a su progreso en la historia. De acuerdo con esta ideología, dice el historiador inglés Eric J. Hobsbawm:

el ser humano llegó al convencimiento de la capacidad del hombre en principio para entenderlo todo y resolver todos los problemas utilizando la razón, y de la tendencia de la conducta y las instituciones irracionales (entre las que incluían al tradicionalismo y a todas las religiones no racionales) a oscurecer más que iluminar.¹

Filosóficamente se inclinaban hacia al materialismo o al empirismo, muy adecuados a una ideología que debía su fuerza y sus métodos a la ciencia, en este caso principalmente a las matemáticas y a la física de la revolución científica del siglo XVIII. Sus supuestos generales sobre el mundo y el hombre estaban marcados por un penetrante individualismo que, debía más a la introspección de los individuos de la clase media o a la observación de su conducta, que a los principios a priori donde se

¹ Eric J. Hobsbawm, *Las revoluciones burguesas*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1971, p. 27.

fundamentaban; y cuya expresión era una psicología reflejo y eco de la mecánica del siglo XVII, la llamada escuela “asociacionista”.

De este modo, para el liberalismo clásico, el mundo humano estaba formado por átomos individuales con ciertas pasiones y necesidades, cada uno de los cuales buscaba por encima de todo las máximas satisfacciones y las mínimas contrariedades, igual en esto a todas las demás y no reconociendo *naturalmente* límites o derechos de interferencia en sus pretensiones. En otras palabras, cada hombre estaba naturalmente poseído de vida, libertad y afán de felicidad como afirmaban ya los norteamericanos en su Declaración de Independencia.

Por otro lado, la atrevida innovación de los racionalistas clásicos había consistido en demostrar que algo como leyes lógicamente compulsivas podía aplicarse a la conciencia humana y a la libre determinación. La aplicación de los métodos matemáticos a la sociedad realizó otro gran avance a principios del siglo XIX. Por primera vez fue posible establecer teorías acerca de la reproducción y, por ende de la población y su distribución en el planeta, aplicando métodos estadísticos. En tanto, las ciencias sociales lograron también algo completamente nuevo y original que a su vez contribuyó al desarrollo de las ciencias biológicas. Ese logro fue el descubrimiento de la historia como un proceso de evolución lógica y no sólo como una sucesión cronológica de acontecimientos.

De acuerdo con el filósofo alemán Ernst Cassirer, el siglo XIX proporcionó al pensamiento occidental, por primera vez, la certeza de que la ciencia podía efectivamente responder a las grandes incógnitas.

La ciencia iba a asignar por fin a la “antropología filosófica” el lugar que le correspondía. El problema de “¿qué es el hombre?” había conducido, una y otra vez, a una serie de insolubles aporías y antinomias, mientras quienes se lo planteaban persistían en su empeño de hacer del hombre (a tono con las doctrinas fundamentales del platonismo, del cristianismo y de la filosofía kantiana) “un ciudadano de dos mundos”.²

La ciencia del siglo XIX parecía derribar definitivamente la barrera entre ambos mundos. Esta ciencia podía atenerse ya a la posición específica del hombre, sin verse por ello obligada a contraponerlo a la naturaleza, ni a colocarlo en un plano superior a ésta. El concepto de *evolución* fue presentado como la clave llamada a resolver todos los misterios anteriores de la naturaleza y todos los “enigmas del universo”:

En el tránsito de la biología a la sociología, el concepto de evolución asume la forma del *pensamiento histórico*. En éste culmina, por tanto, según Comte, toda la escala del conocimiento científico: es el pináculo que necesariamente tiene que rematar el edificio del saber positivo y sin el cual este quedaría incompleto.³

² Ernst Cassirer, *Las ciencias de la cultura*, Fondo de Cultura Económica, México, 1973, p. 35.

³ Ernst Cassirer, *El problema del conocimiento, en la filosofía y en la ciencia modernas, Tomo IV*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986, p. 298.

De lo hasta aquí expuesto, podemos enumerar algunos aspectos que estarán presentes a lo largo de toda la novela, ya sea como simple referencia, como sustrato filosófico, o incluso como un aspecto estructural del relato. Huelga decir que no es el objetivo de este trabajo realizar una revisión exhaustiva del, digamos, contexto cultural de *Fortunata y Jacinta*, tarea que estaría más cercana al enfoque propuesto por la Estética de la Recepción. Solamente queremos proponer una especie de confrontación de la obra con la época en la que se gestó, considerando como época un período amplio de la historia de España, es decir, el siglo XIX en su totalidad –de la derrota de Trafalgar hasta la restauración. Tratando de demostrar, en lo posible, cómo la novela fue condicionada por los diversos aspectos presentes en el horizonte en que fue escrita. En otras palabras, en el presente trabajo nos ocuparemos de analizar, *de qué manera, el trasfondo intelectual y cultural de todo el siglo XIX determinó ciertos aspectos de la obra*, y de qué modo se encuentran presentes a lo largo del texto, y nos proporcionan algunas claves de lectura.

1.1. Formas de comportamiento colectivo en la España del siglo XIX

Las distintas etapas en el desarrollo de los pueblos no se suceden de manera abrupta, como cortes practicados de manera tajante. Las diversas corrientes culturales o formas de vida social, se encuentran como empalmadas en el devenir histórico; además, la forma resultante al concluir el proceso, nunca muere de manera absoluta, y es completamente factible encontrar que diversos modos de encarar la realidad

sobreviven más allá, quizá de manera subrepticia, dentro de las etapas subsiguientes del desarrollo histórico de la humanidad.

El caso de Galdós es el de un escritor que conoce perfectamente su época. Pocos de sus contemporáneos se preocuparon por la historia de España como él lo hizo. Ningún documento reviste la importancia para la historiografía española del siglo XIX como *Los Episodios nacionales*, que forman aproximadamente la mitad de la obra de Galdós. Y en la historia de España incluyen desde la Batalla de Trafalgar hasta la restauración Borbónica, precisamente el período que abarca la presente investigación. La naturaleza de los episodios, es decir, su carácter de “historia novelada” obligó a Galdós a sumergirse, literalmente, en la historia española del siglo XIX. El conocimiento adquirido en la empresa no sólo le sirvió para armar la obra monumental que constituyen los *Episodios* por sí mismos, sino que, en mayor o menor medida, toda su obra estará recorrida por esta preocupación, digamos, histórica. El conocer cada uno de los rasgos de todos los tipos humanos que habitaron su siglo, propició que la lente de nuestro novelista se afinara para ciertos detalles: sólo él fue capaz de ver en profundidad donde los otros apenas alcanzaban a vislumbrar de manera borrosa. Sólo él pudo servirse de la mayoría de personajes, actitudes y costumbres que colmaron su siglo.

1.2. La moral social en España en el siglo XIX

Para el propósito de este trabajo recurriremos a la división elaborada por el filósofo José Luis Aranguren (*Moral y sociedad; La moral española del siglo XIX*) De acuerdo

con él, cuatro fueron las corrientes principales que determinaron el comportamiento social a lo largo del siglo en cuestión: la Ilustración, el Romanticismo, el Moderantismo y el Positivismo.

Si partimos de la premisa que la novela de Galdós ofrece una síntesis acabada de lo que fueron los *mores* (entendidos éstos como formas de comportamiento colectivo) del siglo en que fue escrita, llegaremos en forma inevitable a la conclusión de que, a lo largo de la novela, existen elementos de las épocas antes mencionadas. ¿Pero de qué modo se hacen manifiestos tales elementos? Fundamentalmente, como *actitudes de la sociedad y de los personajes*, que son retratados en el texto; también como elementos temáticos de la novela, en el trasfondo sobre el que se desarrolla la trama; asimismo, destacan aquellos aspectos que forman parte de los recursos de la novela y, consecuentemente, de la sociedad española.

1.2.1. La Ilustración

Del período Ilustrado encontramos un elemento denominado por Aranguren “la nueva moral”, es decir, la aparición por vez primera de la necesidad de modernizar España, lo que implica la obsolescencia de la antigua clase dominante y la urgencia de crear un nuevo estrato que la reemplace: la burguesía. Aclaremos de entrada que, cuando se habla de moral, desde el punto de vista de la Ilustración se alude a una nueva forma de encarar la vida, que implica la búsqueda de la felicidad en este mundo, a través de la realización al interior de la sociedad. Uno de los valores fundamentales de esta corriente será la noción de lo que es útil a la sociedad.

La importancia de la Ilustración española se debe más a su carácter de precursora que a logros concretos. Este aserto no pretende minimizar la labor ardua de los Ilustrados, por el contrario, fueron ellos quienes plantearon, por vez primera, los problemas que serán preocupaciones fundamentales de las generaciones de todo el siglo XIX. Enumeramos esos dilemas a continuación:

- A. La secularización de la vida pública española con la consecuente desamortización de los bienes ociosos del clero.

- B. Del mismo modo, la de los Ilustrados, con Jovellanos a la cabeza, será la primera generación que se ocupará del tema de España. Ya no como una “idea vaga de la llamada esencia española” –dice Julián Marías, citado por Aranguren -sino “como una preocupación *concreta*”,⁴ lo que implica una profunda reflexión sobre la necesidad de una transformación profunda en todas las esferas. De algún modo el positivismo cerrará el presente ciclo, pues su pretensión será la de concluir lo que la efímera Ilustración española apenas alcanzó a plantear. Pero la necesidad de esa “nueva moral”, la necesidad de insertar a España dentro de Europa, es decir, en la modernidad, es un legado de la Ilustración.

- C. También serán herencia de la Ilustración, en un plano más concreto, esa extraordinaria actitud que se vislumbra aún en algunos de los personajes

⁴ Aranguren, José Luis L. *Moral y sociedad. Introducción a la moral social española. del siglo XIX*, Taurus, Madrid, 1981. p.20.

de la novela: la acción en oposición a la contemplación pasiva; la certeza de que la realidad se puede modificar a partir de la participación activa. Esa especie de espiritualismo pedagógico de fe incondicional en que el hombre es perfectible a través de la educación -que aparece en otros autores además de Galdós-, es continuación directa del espíritu militante de la Ilustración. “La falta de educación –dice Guillermina mientras realiza con Jacinta una expedición a los bajos fondos de Madrid -es para el pobre una desventaja mayor que la pobreza”⁵.

D. En este punto, como veremos más adelante, aparece el tema de la educación como vehículo para conseguir la transformación social a través del individuo.

1.2.2. El Romanticismo

Surge en España como una reacción, “una crisis de reacomodo”, la llama Aranguren, ante el nuevo orden. Al interior de nuestra novela se manifiesta, fundamentalmente, de dos maneras.

A. En los individuos con cierta sensibilidad se producirá un rechazo hacia la avasalladora corriente de la modernidad, este rechazo se manifestará principalmente como ensueño o evasión.

⁵ Benito Pérez Galdós, *Fortunata y Jacinta*, Porrúa, México, p. 82. (A partir de esta nota, todas las demás citas de la novela serán extraídas de esta edición, por lo que se omitirán los llamados al pie y sólo indicaremos el número de página)

B. Asimismo ante la amenaza que representa el nuevo orden, surge la idea del pueblo como baluarte de las tradiciones y costumbres netamente españolas, visto este como una especie de salvaguarda de la asediada identidad nacional. Francia e Inglaterra, como los representantes de la doble revolución, política e industrial, que se gestó en el siglo, son los enemigos más visibles de la identidad nacional.

Curiosamente, esa actitud “tan española” del pueblo es la reproducción de una idea de España, animada desde el exterior. El *ethos* romántico implica también una reacción nacionalista que exalta la intuición del pueblo para conservar sus valores ante los diversos embates del exterior, en otras palabras, encarna el nacionalismo hispano.

1.2.3. El Moderantismo

El período siguiente que discurre en el siglo XIX es el tramo comprendido entre 1843 y 1868, que incluye el gobierno de Isabel II, pero que significa la llegada al poder de la camarilla Moderada. Estas fueron las características más sobresalientes de la época:

A. El valor que preconizará el Moderantismo será el del Orden. Los beneficiarios de la reciente desamortización tratarán, a través de éste, de conseguir la preciada legitimidad que respalde su flamante condición de propietarios, tan reciente que apenas ha alcanzado a fraguar.

- B. Una actitud aparejada al oportunismo económico: en el plano moral tiene lugar una marcada disociación entre la vida pública y privada. De tal modo, entre lo que se dice en público y lo que se hace en privado no existe relación alguna.
- C. Las prácticas espirituales serán asumidas como simples actos vacíos de significado. A una economía basada en la especulación y el agio corresponde una moral basada más en la simulación y en la necesidad de conservar las apariencias, que en una auténtica sinceridad.
- D. Las relaciones entre los individuos se reducen a cuestiones mercantiles. La religión, el matrimonio y demás lazos familiares son invadidos por una fuerte mercantilización. Todo es factible de ser comprado o vendido en el mismo plano que una mercancía. Los lazos matrimoniales son vistos como operaciones de estrategia mercantil:

1.2.4. El Positivismo

El *espíritu positivo* es un tema con infinidad de aristas. Acaso sea el más relevante del presente trabajo. Para alguien que no mire la filosofía positiva desde nuestro punto de vista, le podrá parecer excesiva tal afirmación, pero si la consideramos en perspectiva, considerando que Galdós lo concebía algo presente prácticamente en el aire que respiraba, no lo es tanto.

Nos centraremos en dos aspectos del positivismo que consideramos son los más relevantes para la novela: por un lado, la corriente estética que representó el

Naturalismo y condicionó, de algún modo los productos literarios de la época, fuesen o no declaradamente naturalistas; por el otro, las manifestaciones de carácter positivista al interior de España, de las que la restauración –de acuerdo con el maestro Aranguren– no será sino una manifestación de ese espíritu positivo.

Como en el positivismo subyace la idea de que la sociedad en general, y el hombre en particular, están sujetos a leyes y principios, consideramos que la tendencia a observar los diversos aspectos de la realidad desde un punto de vista científicista, forma parte del espíritu de esta corriente. Este apartado estará, a su vez, subdividido de la siguiente manera:

- A. La *idea de evolución*, entendida como el desarrollo histórico de los organismos de acuerdo a principios universales. Esta noción, aunque gestada al interior del historicismo romántico, fue erigida como principio y sistema de los diversos fenómenos naturales y sociales. Prácticamente no hay un sólo capítulo de *Fortunata* que no mencione o sugiera la idea de que la realidad en su conjunto está regida por algún tipo de leyes. Dentro de la obra, encontramos excesos tales como la expresión: “mecánica del espíritu”.
- B. La idea de *progreso*, vinculada estrechamente con el punto anterior, aunque tiene que ver con la concepción burguesa del desarrollo a través del éxito económico y el avance tecnológico.

C. La *nueva clase en el poder*, en esta parte, queremos mostrar que la consolidación de la burguesía española en el poder, tuvo sus características peculiares. En la novela existen muchos elementos de sumo interés en los que se destacan las peculiaridades con que se llevó a cabo el proceso.

II. La institucionalización de la caridad: Guillermina

El tema que mayores dificultades presenta dentro de nuestro análisis es quizá el primero, que trata sobre la Ilustración. Probablemente por ser la corriente de pensamiento que se encuentra a mayor distancia del momento en que surge la obra literaria.

Para la época en que se sitúa la novela, los efectos de las luces ya se habían confundido con los elementos de las corrientes subsiguientes. Es difícil encontrarlos, en “estado puro”. Además, algunas de las propuestas fundamentales de la Ilustración son asumidas por el positivismo. ¿De dónde las toma Galdós? ¿De éste o de aquella? Por fortuna, existen ciertos matices que nos ayudarán a encontrar los elementos representativos de principios básicos presentes en el texto, un análisis cuidadoso de esos rasgos nos ayudará a entender de qué modo repercutieron en la obra de Galdós.

Como dijimos antes, en el siglo XVIII arranca el proceso de secularización que no se consumará sino hasta el siglo XIX , pero que evoca ya la idea de ejercer la religión activamente fuera de los límites de la clausura eclesiástica, con mayor apego social, para ayudar a alcanzar el bienestar del hombre.

“La ética intramundana de la Ilustración, sigue siendo conforme a la tradición prekantiana, ética de la felicidad en este mundo, único incuestionable, la felicidad como bienestar dentro de él.”⁶

⁶ José Luis Aranguren, *op. cit.* p.11.

Pero ¿Cuáles son los bienes conducentes a esa felicidad? Por una parte, la prosperidad o mejoramiento de la fortuna, la riqueza entendida dinámicamente como enriquecimiento. Por otra, la libertad, libertad que es interpretada sólo económicamente. Así, tenemos que la riqueza es el bien útil conducente al bienestar o felicidad.

Pero, riqueza, ¿de quién? La respuesta del mercantilismo había sido inequívoca: riqueza del Estado, concebida como la forma de máxima tesaurización, de acumulación en la mayor cantidad posible, de metales preciosos. Para lograr tal objetivo era necesario el intervencionismo estatal, el establecimiento de monopolios y privilegios y la multiplicación de trabas a la iniciativa privada.

Sin embargo, finalmente se cae en la cuenta de que la verdadera riqueza no es la propiedad tesaurizada por el Estado, sino la producida y capitalizada por la sociedad, que, según la concepción sumamente individualista de la época, no es sino la suma de los individuos. Un libro perfectamente conocido por los ilustrados españoles, fue precisamente el de Adam Smith, *La riqueza de las naciones*, título emblemático en el que el concepto de nación se opone a la idea del Estado. Es decir, la pujante sociedad, capitaneada por la burguesía, en oposición al Estado estático y retrógrado. La riqueza ya no es vista como la riqueza pasiva y quietista del Estado, sino como un progresivo enriquecimiento por parte de los individuos que componen la nación.

Ahora bien, indudablemente la fuente de la riqueza es el trabajo. La riqueza no consiste en los metales preciosos, como en el plano de la teoría habían pensado los mercantilistas, o en el de la realidad los españoles que iban a Indias. Ni tampoco

consiste en la tierra como pensaban los fisiócratas, la tierra únicamente se convierte en riqueza cuando a ella se aplica el trabajo. La riqueza, pues, consiste, esencialmente, en trabajo: “De tal modo que la propiedad –expresión de la riqueza- no es ni debe ser sino la materialización o condensación, la objetivación del trabajo” ⁷

De acuerdo con esta visión de la realidad, el hombre virtuoso y, por tanto, trabajador, no malgasta lo ganado; ahorra para adquirir propiedad y hacerla más y más productiva. El capital es ahorro invertido; el ahorro es el fruto de la laboriosidad y de la virtud de la economía. La felicidad así concebida, sólo puede lograrse por la riqueza adquirida mediante el trabajo.

La Economía política es, precisamente, la ciencia constituida para promover y aumentar la riqueza de la naciones, es decir, de la suma de los individuos que las constituyen. La armonía entre la prosperidad de los individuos y de la nación es un simple corolario de la consideración de la nación como la suma de los individuos trabajadores y el de la armonía de los intereses o egoísmos racionales de cada individuo.

A través de lo dicho, se va viendo hasta qué punto economía y moral aparecen estrechamente ligadas en la concepción de Ilustración: por un lado, solamente los ciudadanos virtuosos, los representantes de un “ascetismo mundano”, heredero del puritano, pueden producir riqueza; pero, por el otro lado, la moral consiste para la

⁷ Ibid

Ilustración, fundamentalmente en un conjunto de virtudes que pueden perfectamente ser denominadas virtudes económicas o utilitarias.

De esta concepción moral utilitaria, ya antes de la doctrina que había de ser conocida con el nombre de utilitarismo, arranca la distinción, tan importante en la época, entre clases útiles y clases inútiles. Aunque tal utilidad aún no se tasa con los criterios estrictamente burgueses, porque existen actividades que, sin ser productivas, son de utilidad a la sociedad en la medida que cumplen una función. En este caso se encuentra el clero secular que sirve a “la cura de almas”; pero no así el clero regular agrupado en comunidades que no sólo son improductivas, sino además, vuelven improductivos los enormes bienes que poseen.

Por ello se agiliza el proceso de desamortización de bienes del clero, que a su vez aceleró el proceso de secularización e introdujo la idea ilustrada de productividad en las iglesias. Al respecto, Aranguren concluye afirmando que para los ilustrados -y posteriormente para la burguesía-, la clase inútil por excelencia, la “personificadora de la ociosidad”, era la aristocracia.

La Ilustración fue el paso obligado entre el antiguo y el nuevo Régimen: abrazó con entusiasmo la causa de la libertad económica, pero retrocedió ante la de libertad política, por considerar al pueblo, todavía como menor de edad. La Ilustración española fue una forma de vida fundamentalmente moralista. Y de su indisociación entre moral -economía y de su sentido individualista podemos colegir que sus virtudes predilectas habrían de ser las virtudes económicas. En primer lugar, es claro, la laboriosidad. Pero el

trabajo predicado por la Ilustración, el trabajo burgués, ha de ser emprendedor, dinámico, industrial.

Usted se ha pasado la vida luchando por el pienso y no sabiendo nunca vencer. No ha tenido arreglo... La verdad este vendehúmos es hombre de poca disposición; no sabe nada, no trabaja, no tiene pesquis más que para echar fanfarronerías y decir que se come los niños crudos. Mucho hablar de la República y de los cantones, y el hombre no sirve ni para los oficios más toscos...¿Qué tal? ¿Me equivoco?... (p. 134)

Si realizamos un recorrido somero de la obra de nuestro escritor, nos encontramos que aún antes de la irrupción de “la moda positivista”, ya existía en nuestro novelista preocupación por la necesidad de crear en España las condiciones para propiciar un cambio en la mentalidad del pueblo, principalmente a través de la educación. Y así, insuflar en la sociedad española el espíritu que pudiera servir de motor para lograr la prosperidad de la nación. Su entrada a la modernidad.

Así se erige, en pleno siglo XVIII, un modelo moral a seguir: el modelo Ilustrado. La palabra Ilustración expresa notablemente una de las notas fundamentales de esta forma de vida: su moralismo pedagógico. Los ilustrados estaban plenamente convencidos de que el hombre, solamente por ignorancia –ignorancia de sus verdaderos intereses- es malo. Así humilla Guillermina a Izquierdo:

Usted no puede desempeñar ningún destino, porque no sabe leer. (p.133)

La ilustración tenía que ser vivida como una verdadera tarea pedagógico-moral. Pero a la vez también en función de esa otra dimensión fundamental de la vida, la económica. Es por eso que la Ilustración se interesa en fomentar aquella educación consistente en saberes útiles. Los hombres de la Ilustración, (por ejemplo, Jovellanos) supieron advertir la relación que había entre la clase inútil del clero regular y los saberes inútiles –es decir, metafísicos, escolásticos que en las universidades se enseñaban. Además, supieron ver en la burguesía a la portadora de aquellos conocimientos útiles que, de acuerdo con su concepción de la realidad, realmente eran relevantes, es decir el tipo de conocimiento que produce buenos médicos, físicos, químicos, tan necesarios para el desarrollo de la industria.

Por si fuera poco, también percibieron la necesidad de elevar a rango de conocimiento sistemático –de ciencia– los diferentes oficios tradicionales, hasta entonces practicados de manera rudimentaria, es decir, poco productiva. La mayoría de las acciones emprendidas por Jovellanos y los hombres de la Ilustración española iban encaminados en este sentido, en el de proveer profesionistas que encarnaran un verdadera utilidad pública.

El espíritu de las luces, al menos el español, resulta profundamente humanista en la medida en que concibe al hombre como una entidad perfectible. De acuerdo con la cosmovisión resultante de la novela existe un punto en el que se unen, el espíritu ilustrado y la caridad. Para no caer en contradicciones será necesario atender algunos matices.

En el libro del Aranguren que hemos citado a lo largo de este trabajo se afirma con cierto asombro que un espíritu tan marcadamente anticlerical como fue Galdós mirase con tanta simpatía una institución como la caridad. En la novela es evidente que uno de los personajes que son tratados con mayor gracia es el de Guillermina.

Esta simpatía se puede explicar porque encarna perfectamente algunos de los ideales de la Ilustración. Primero, la llamada santa, no se contenta con la actitud contemplativa y emprende el trabajo de carácter social. Su actitud está sustentada en una fe que actúa en oposición a la actitud pasiva, colmada de rezos y contemplación estéril. Galdós –Guillermina– cree en la caridad, no como un paliativo ante los agudos problemas sociales, sino como una actividad que implica cierta clase de militancia activa y la convicción de que es posible contribuir a la solución de los problemas de mayor apremio al interior de la sociedad:

No nació aquella sin igual mujer para la vida contemplativa. Era un temperamento soñador, activo y emprendedor; un espíritu con ideas propias y con iniciativas varoniles. No se le hacía cuesta arriba la disciplina en el terreno espiritual; pero en el material sí, por lo cual no pensó nunca en afiliarse a ninguna de las órdenes religiosas más o menos severas que hay en el orbe católico. No se reconocía con bastante paciencia para encerrarse y estar todo el santo día bostezando el *gori gori*, ni para ser soldado en los valientes escuadrones de las Hermanas de la Caridad. La llama vivísima que en su pecho ardía no le inspiraba la sumisión pasiva, sino *actividades iniciadoras que debían desarrollarse en la libertad* [los subrayados son nuestros]. (p. 78.)

En el retrato de la santa aparecen muchos rasgos característicos de los ilustrados españoles. En primer lugar, destacamos la oposición entre la moral pasiva, de carácter religioso y la moral activa, *útil*, del espíritu Ilustrado, útil no porque genere algún dividendo, sino porque contribuye a propiciar, al interior del organismo social, esa felicidad de *este mundo*, mediante una labor ardua; porque si bien Guillermina recurre a donativos, su recolección implica un esfuerzo físico y emocional inmenso.

La simpatía de nuestro narrador no es exclusivamente para Guillermina, se hace extensiva a las agrupaciones religiosas que han optado por actividades de asistencia social. Por ejemplo, en el capítulo V de la segunda parte encontramos se refiere a ellas de la siguiente manera:

Como por encanto hemos visto levantarse en aquella zona grandes pelmazos de ladrillo, de dudoso valer arquitectónico, que manifiestan cuán positiva es aún la propaganda religiosa, y qué resultados tan prácticos se obtienen del ahorro espiritual, o sea la limosna. Las *Hermanitas de los Pobres*, las *Siervas de María* y otras, tan apreciadas en Madrid por los positivos auxilios que prestan al vecindario. (p. 261)

Pero volvamos a Guillermina. Ella mira su labor con una actitud un tanto irónica:

Al poco tiempo vi que *el negocio* iba mejor de lo que yo esperaba [el subrayado es nuestro] (p. 79).

En esta simple ironía, sin embargo, subyace la idea de la labor social como una empresa que aporta beneficios, no a un particular, sino a la sociedad en su conjunto. En otras palabras, “la rata eclesiástica” tiene plena conciencia de la utilidad de sus esfuerzos. En la novela se hace una distinción tajante entre esa caridad realizada para el lucimiento personal o como simple distracción y la caridad como una labor que pretende incidir de manera constructiva en la sociedad. Además, enfatiza la distinción entre el la fe ociosa y la que actúa.

Galdós expone la caridad que tanto exasperaba a los marxistas por sus tintes reaccionarios, vemos, por ejemplo, a un Julio Rodríguez Puértolas dictaminar: “Guillermo (sic.) Pacheco, *la rata eclesiástica*, es un caso especial, con sus caridades públicas y ostentosas.”⁸

Los marxistas repudian la caridad por su naturaleza de simple palió frente a las verdaderas contradicciones de la sociedad, aseveran que su naturaleza es reaccionaria porque aplaza las condiciones objetivas, y evita que se pueda propiciar un cambio profundo, es decir, la revolución.

Sin embargo, a los ojos de Galdós esta visión no tiene nada que ver con los trabajos de doña Guillermina. Nuestro personaje no se contenta con paliar el hambre de los necesitados. No es gratuito que su labor esté enfocada a esa parte de la sociedad – la infancia– en la que es posible aún insuflar un cambio que repercuta en el cuerpo social. La actitud de Guillermina, como todo lo demás, resulta ser de distinta naturaleza

si se le calibra contra el punto de vista Ilustrado, más cercano ideológicamente a Galdós, aunque se encuentre más lejos cronológicamente, que el discurso del marxismo.

Otro aspecto fundamental para los Ilustrados de viejo cuño era la educación, de hecho ya se mencionó que para ellos era la única vía de acceso a una verdadera transformación del individuo y, por ende, de la sociedad. En este punto, también, la actitud de Guillermina es perfectamente equiparable con la perspectiva Ilustrada:

La suscripción fija creció tanto que al año pude tomar la casa de la calle de Albuquerque, que tiene un gran patio y mucho desahogo. He puesto una zapatería para que los muchachos grandecitos trabajen, y *dos escuelas para que aprendan* [de nueva cuenta, los subrayados son nuestros]. El año pasado eran sesenta y ya llegan a ciento diez (...) Veremos si al fin me salgo con la mía, que es un grano de anís; nada menos que levantarles un edificio de nueva planta (...) de modo que quepan allí doscientos o trescientos huérfanos, y puedan vivir bien y *educarse* y ser buenos cristianos. (p. 80)

Por si esto fuera poco, tenemos otra característica que encaja a la perfección con la santa. Los mejores ilustrados españoles fueron, como más adelante los krausistas y luego los hombres de la Institución Libre de Enseñanza, de una austeridad y pureza de costumbres que contrasta con la de los ilustrados franceses, amigos éstos de los placeres del buen vivir. El espíritu de la Ilustración española fue, no sólo en el orden

⁸ Julio Rodríguez Puértolas, *Galdós: Burguesía y Revolución*, Turner, Madrid, 1975, p. 24.

económico, muy puritano, (aquí, de nuevo, la evocación de Jovellanos es inevitable) al menos en sus representantes más conspicuos:

“Y ya en el límite de la moral con la economía está la virtud de la buena administración, la acomodación de los gastos a los ingresos, en el justo medio entre la avaricia y la prodigalidad, buena administración que requiere la racionalización y tecnificación del cálculo económico.”⁹

Mencionamos este rasgo porque remata a la perfección la idea que tenemos de nuestro personaje, la santa. Si observamos la manera en que nuestro narrador concluye el retrato de la Guillermina, resulta sorprendente el paralelismo que existe, en este punto, entre la benefactora galdosiana y nuestros hombres de la Ilustración:

A los dos años de vivir así, se la vio renunciar por completo a vestirse y ataviarse como manda la moda que se atavien las señoras. Adoptó el traje liso de merino negro, el manto, pañolón oscuro cuando hacía frío, y unos zapatones de paño holgados y feos. Tal había de ser su empaque en todo el resto de sus días.
(p. 78)

Guillermina es un personaje de vital importancia para el desarrollo de la novela, por varias razones. Ella es quien mejor conoce a la sociedad en la que vive, y sus conocimientos son de primera mano. No es gratuito que sea ella quien se encargue ciertas tareas ingratas, como la “transacción” de un menor de edad o incluso el

⁹ José Luis Aranguren, *op. cit.* p. 21.

gestionar una suerte de perdón para el causante de la tragedia de Fortunata. Eso la dota de autoridad para criticar a su prójimo.

La asociación benéfica a la que pertenecía, no se acomodaba al ánimo emprendedor de Guillermina, pues quería ella picar más alto, intentando cosas verdaderamente difíciles y tenidas por imposibles ... (p. 78)

Antes de cerrar este apartado mencionaremos a un personaje que pasa fugazmente por el texto, pero cuyo retrato representa una descripción fielísima de lo que era un ilustrado. En el caso de la santa, existen ciertos ajustes a la actitud ilustrada, sin contar que se trata de un personaje femenino que Galdós no duda en calificar de “masculino”; pero en el caso de Federico Ruiz, pareciera que enfrentamos una especie de estampa de otros tiempos:

A aquel círculo iba Federico Ruiz, siempre con prisa, y con el tiempo tasado, porque a tal hora debía asistir a una junta para tratar de la erección del monumento a Jovellanos, después a otra para ocuparse del banquete que se había de dar a los pescadores de provincias que vendrían al congreso de piscicultura. Hombre más atareado no se vio jamás en nuestro país, y como tenía tantas cosas en el caletre, para no olvidar muchas de ellas se veía obligado a pintárselas con lápiz en los puños de la camisa. Cuando no tenía que ir a la *Sociedad Económica* a defender su voto particular como individuo de la comisión informadora de reformas sociales, iba al *Fomento de las Ciencias* a dar su conferencia sobre la utilidad de elevar a estudio serio el arte de la panificación. (p. 355)

El cuadro anterior pudiera parecer simplemente la descripción de un burgués atareado. Pero, si desmenuzamos con cierto cuidado el pequeño párrafo, encontraremos uno a uno los rasgos de aquellos Ilustrados, de fines del siglo XVIII, veamos. En primer lugar, en nuestro párrafo, se hace mención de dos actividades de carácter productivo, la panificación y la piscicultura, ambas vistas como actividades serias, articuladas como conocimientos sistemáticos, es decir como *saberes útiles*. Los rudos oficios de antaño se han transformado en artes y ciencias que son susceptibles de perfeccionarse y organizarse y, por lo tanto, respetables, no en el sentido burgués de la palabra, sino en el sentido que daba la Ilustración, lo cual significaba que eran tasados por su utilidad.

Las sociedades del tipo que se menciona en la descripción citada son invento de la Ilustración española, que las copió de las existentes en otros países, y cuya única finalidad era el contribuir “a la prosperidad de la nación”¹⁰. En muchas ocasiones estas sociedades que iniciaron como simples tertulias de traspatio, se tornaron en academias de ciencia y tecnología. Reiteramos, el utilitarismo no es un invento de la doctrina que lleva este nombre, es un invento de la Ilustración y uno de sus afanes fundamentales lo constituye la difusión de conocimientos útiles, que sirvan para procurar prosperidad nacional.

¹⁰ Jean Sarrailh, *La España Ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, Fondo de Cultura Económica, México, 1957, p. 232.

En este primer análisis percibimos entremezclados los deseos de secularización e inserción de España en la modernidad, posibilitada gracias a la educación para transformar y a la acción social.

Aunque analizaremos con mayor detalle al personaje Juanito Santa Cruz, en el apartado dedicado al Moderantismo, mencionaremos ahora un hecho evidente. Santa Cruz, representa el elemento más contrastante con el espíritu ilustrado, en este sentido es el más antiburgués de todos los personajes que pueblan la novela. Un saber como el suyo, armado de sofismas y argumentos resplandecientes, que además de superficial, es absolutamente inútil, es completamente contrario a lo que representó el espíritu ilustrado.

No obstante el moderantismo sentía simpatía por la Ilustración, de la que se consideraba continuador. Con la actitud con que el moderantismo chocará abiertamente será con los valores del romanticismo, que veremos a continuación.

III. Entre el sentimentalismo y el ensueño: Fortunata y Jacinta

El modelo ilustrado, en su sentido ético, representó un modo de vida, es decir un “modelo moral”, como lo llama Aranguren. Intentaremos visualizar el espectro análogo del romanticismo, de la mano del mencionado filósofo.

Antes de continuar creemos pertinente aclarar que empleamos la categoría Romanticismo en su sentido más amplio, lo cual significa que aludimos al romanticismo como forma de vida y como movimiento artístico. Aunque nuestro objetivo no será el rastrear elementos de carácter literario de esta corriente dentro de la novela –si esto es posible-. Simplemente, queremos demostrar que algunos rasgos, algunas actitudes, del narrador y los personajes de *Fortunata* son herencia del romanticismo.

El primero de los *Episodios nacionales* está dedicado a la batalla de Trafalgar, que junto con la derrota de la Armada Invencible y la de Santiago de Cuba, son los sucesos más grabados en la conciencia española, son emblemas de la decadencia del imperio. Aunque en el siglo XIX existen acontecimientos en sí mismos más graves que la derrota de Trafalgar como, por ejemplo, el de la Independencia de América, lo que es cierto es que calaron menos hondo en la conciencia española que la mencionada derrota.

¿Por qué comenzar esa exposición del “alma cuerpo y humores de la nación”¹¹ española que son los *Episodios* con la rememoración de un descalabro? Sencillo, los historiadores coinciden en que Trafalgar significa, de algún modo, el comienzo de la España contemporánea -y el inicio del siglo XIX- porque con la liquidación de la escuadra y la desaparición del poder marítimo español, se desvanece la última ilusión de España como potencia mundial: “Se preparan los espíritus de las élites político intelectuales para una reforma política -en el sentido liberal, según unos, en el tradicional, según otros- mucho más radical.”¹²

La Ilustración consistió en el proceso de maduración de la Edad Moderna por vía de “la secularización normalizada de la existencia”¹³, es decir, de su ajuste progresivo a las nuevas condiciones, aunque estas condiciones se circunscriban más al plano espiritual que al plano material. El Romanticismo, en cambio, es la expresión de una “crisis de desajuste” y su consiguiente y trabajoso ajuste a las nuevas condiciones impuestas por la doble revolución, es decir, la revolución política y la revolución industrial suscitadas en Francia e Inglaterra, respectivamente.

No por otra razón, la presencia de Inglaterra y Francia –como modelos dignos de imitación, por un lado, pero como amenazas latentes para la nación española– a lo largo de la novela son de una recurrencia sumamente marcada. Esta preocupación se revela hasta en los detalles más nimios:

¹¹ Mauro Armiño, *Parnaso, Diccionario Sopena de la Literatura*, Ramón Sopena, Barcelona, 1972, p. 599.

¹² José Luis Aranguren, *op. cit.* p. 37.

No puedes figurarte el odio que esta gente tiene a los *polísones*, en lo cual demuestran un sentido ..., ¿cómo se dice?, un sentido *estético* superior al de esos *haraganes franceses* que inventan tanto pegote estúpido. (p. 187)

De acuerdo con J. L. Aranguren, la primera reacción frente al mundo nuevo, racionalista, muy progresista a ultranza, revolucionario política e industrialmente, fue la repulsa y el refugio, bien en un tercer reino que no es el natural y cotidiano, ni el sobrenatural o escatológico de la religión, sino el del ensueño, la vida interior y el “mundo ideal”, como en el caso de Keats y Shelley; bien evadiéndose más concreta y antihistóricamente a un *pasado idealizado* que es generalmente, el de la Edad Media, pero que puede ser también, como en algunos alemanes, la antigüedad.

El gran Romanticismo Alemán presenta muy acusadamente esta especie de “peregrinación” a un tercer mundo perteneciente, como ya dijimos, al pasado idealizado, pero también al de la pura idealidad. Los primeros románticos franceses, reaccionarios y aristócratas, se opusieron de manera más rotunda a ese mundo nuevo. En suma, la vuelta de espaldas, cuando no el expreso rechazo de la nueva forma de vida, es la nota distintiva de esta primera y radical reacción romántica.

La segunda oleada o reacción romántica, preferentemente francesa –pero en la que Byron es el representante más conspicuo y arquetípico-, es la que influyó en España. Hacia 1824, en efecto, el Romanticismo empieza a cambiar de signo político y en 1827 Victor Hugo escribe el prólogo del *Cromwell*, en el que afirma que el

¹³ *Ibid.*

romanticismo es el liberalismo de la literatura. Pero ¿qué sentido tiene este liberalismo romántico? Desde nuestro punto de vista, el anhelo de libertad del escritor romántico debe ser considerado, en los aspectos político, social, poético, religioso y moral. De este modo, el romanticismo español adquirirá características particulares.

La posición de todos los románticos españoles es claramente liberal y cuando no lo es, es porque no llegan a ser plenamente románticos. Pero entre los grandes, sobre todo Larra y Espronceda, casualmente los más jóvenes y, por lo tanto, más libres de convencionalismos sociales y prejuicios, se manifiesta en

“su independencia crítica, en su comprensión de “la necesidad de la incorporación del pueblo y la juventud -la joven España- a la vida nacional y en su buen sentido político”.¹⁴

En el plano social, el Romanticismo es inseparable de la naciente sociedad industrial, de la salida del viejo mundo estáticamente ordenado, estamental y semifeudal. Los románticos españoles se debaten en el seno de esa nueva sociedad, pero, finalmente, sin oponerse ya a ella, “sublimando el conflicto”, diría Aranguren. Por otro lado, es frecuente la aceptación del nuevo condicionamiento social, si no por todos, al menos sí por los más realistas. Es frecuente en los románticos el elogio del modo industrioso de la vida inglesa. Ciertos textos de Espronceda muestran esta tensión entre el “individuo superior” y la nueva sociedad, ya irreversible, cuyo nivel medio se extiende y lo alcanza todo. Una actitud equiparable con este sentimiento de deslumbramiento y a la vez

¹⁴ Aranguren, *op. cit.*, p.

desconfianza ante lo nuevo encontramos en Jacinta, uno de los personajes más idealistas – más románticos- que aparecen en la novela:

Y no paraba aquí la observadora. En aquella excursión por el campo instructivo de la industria, su generoso corazón se desbordaba en sentimientos filantrópicos, y su claro juicio sabía mirar cara a cara los problemas sociales. (p. 51)

El que todos los registros del siglo estén representados en diversas medidas dentro de la novela significa que nuestro narrador estuviese empeñado en colocar todos los tipos humanos representativos de la época –del siglo- que le tocó vivir. Los novelistas de genio como Galdós, trabajan con todo lo que está a su alcance para reproducirlo en su obra, lo cual significa que utilizó sus conocimientos de la vida social del mismo modo que el carpintero usa los clavos.

El individuo romántico tiene que debatirse con la mediocridad social que, por otro lado, constituye su progreso. De esta contradicción se liberan algunos románticos, aceptando las nuevas condiciones sociales, pero a la vez evadiéndose de la prosaica vida cotidiana por la vía de la poesía y por la de una religiosidad con una moral de excepción. Pero, incluso en la nueva realidad, el espíritu romántico sabrá encontrar motivos poéticos en aquellos elementos del progreso que le parezcan idóneos para tal efecto:

El picorcillo del sol le agradaba, y la contemplación de aquel cielo azul, de incomparable limpieza y diafanidad, daba alas a su

alma voladora. Candoroso e impresionable, don José era como los niños o los poetas de verdad, y las sensaciones eran siempre en él vivísimas, las imágenes de un relieve extraordinario. Todo lo veía agrandado hiperbólicamente o empequeñecido, según los casos. Cuando estaba alegre, los objetos se revestían a sus ojos de maravillosa hermosura. [...] por eso el campo del *Mundo Nuevo* que es el mundo más desamparado y más feo del globo terráqueo, le pareció una bonita plaza. Salió a la Ronda y echó mirada de artista a una parte y otra. Allí, la puerta de Toledo, ¡qué soberbia arquitectura! A la otra parte, la fábrica de gas..., ¡oh prodigios de la industria!... Luego el cielo espléndido y aquellos lejos de Carabanchel, perdiéndose en la inmensidad, con remedos y aún con murmullos de océano..., ¡sublimidades de la Naturaleza! (p. 116)

El párrafo anterior describe un momento de éxtasis de José Ido, provocado por la posesión del duro que le donara Jacinta furtivamente. El sentido romántico de la vida se opone frontalmente al de la Ilustración. Esta aspiraba a una felicidad intramundana que ahora aparece como “doméstica” y que se hacía consistir en riqueza, propiedad y buena administración. Para los románticos la felicidad es, en esencia, una aspiración infinita e irrealizable, más allá del mundo y en oposición a él.

Son varias las actitudes que asumieron los románticos: la conciencia que se sabe en conflicto constante con un mundo mediocre que es un obstáculo para la concreción de sus más altos anhelos. Es el sentimiento de la vida como un destierro, como una tragedia y agonía. Casi todo el teatro romántico español, y la poesía de Espronceda, reflejan este sentimiento de fracaso existencial cuya única salida es,

finalmente, la poesía, el refugio en el ensueño, en el recuerdo personal o en la memoria histórica idealizados. El hombre romántico no es sólo rebelde contra Dios, sino también contra el mundo, disconforme, con acentos de exasperada grandeza, frente al injusto orden establecido. En este sentido, Fortunata acusa dos rasgos sobresalientes del espíritu romántico. Primero, es el personaje que -por su posición de excluida- antepone los sentimientos, a las convenciones sociales –curiosamente, esta condición la acerca a Jacinta, quien es tildada de romántica precisamente por Juanito-. Además, es precisamente Fortunata quien experimenta el sentimiento absoluto de la desolación, de saberse sola en el mundo:

¡Dios mío que sola estoy! ¡Por qué te me has muerto, amiga de mi alma, Mauricia!... Por más que digan tú eras un ángel en la tierra, y ahora estás divirtiéndote con los del Cielo y yo aquí tan solita! ¿Por qué te has muerto? [...] Mira que estoy huérfana y yo y los huerfanitos de tu asilo estamos llorando por tí... Los pobres que tú socorrías te llaman. Ven, ven...(p. 482)

Fortunata es un personaje que carece de las ataduras de los convencionalismos sociales, por ello es la única capaz de ser fiel hasta las últimas consecuencias a la ley del corazón (que se opone frontalmente a las leyes de la realidad):

¿Usted qué se ha llegado a figurar que estamos aquí entre salvajes y que cada cual puede hacer lo que le da la gana, y que no hay ley ni religión ni nada? Pues estaríamos lúcidos con esas ideítas, sí, señor... (p. 423)

Porque sólo es absolutamente libre, creían los románticos, aquel que no tiene absolutamente nada que perder, pues ha sido segregado del mundo. Aunque la moral romántica encarna una auténtica moral, pero en sentido bastante diferente del tradicional y de la moral judeo-cristiana, ya que se propone, de acuerdo con Larra “un fin moral osado, nuevo, desorganizador de lo pasado, si se quiere, y fundador del porvenir”¹⁵, veamos el cuadro que reproduce al enamorado Maximiliano Rubín en pleno trance:

El generoso galán veía los más sublimes problemas morales en la frente de aquella infeliz mujer, y resolverlos en sentido del bien parecíale la más grande empresa de la voluntad humana. Porque su loco entusiasmo le impulsaba a la salvación social y moral de su ídolo, y a poner en esta obra grandiosa todas las energía que alborotaban su alma (...) y hasta medía con gozo la hondura del abismo del cual iba a sacar a su amiga. (p. 196)

Es aquí donde la moral romántica se opone a casi toda la moral anterior, pero en especial, a las virtudes de la ilustración. Así, no resulta gratuito que sea precisamente Guillermina quien reprenda a Fortunata. Y frente al concepto de orden burgués, impuesto por la razón humana, Fortunata erige el de un orden divino o cósmico, más intuible que comprensible; finalmente, la sed romántica de justicia y libertad es siempre incompatible con el orden establecido.

La franqueza es una virtud cuando no se tienen otras, y la franqueza obligaba a Fortunata a declarar que en la primera

¹⁵ Aranguren, op. cit., p. 65.

temporada de anarquía moral se había divertido algo, olvidando sus penas como las olvidan los borrachos. Su éxito fue grande y su falta de educación ayudaba a cegarla. Llegó a creer que encenegándose mucho se vengaba de los que la habían perdido. (p.199)

De este modo -como veremos más adelante en detalle, en el apartado correspondiente al Moderantismo- no debe asombrarnos que sea Juanito quien recomiende moderación a Jacinta ante los actos dictados por los sentimientos en estado puro. Y tampoco debe asombrarnos que sea acaso Jacinta la sensibilidad más alta en toda la .novela. Muestra excelente de esta aseveración son las opiniones vertidas por la esposa de Santa Cruz durante su viaje de bodas. Su sensibilidad, claro está, no es producto de la razón que haya sido cultivada, es puramente intuitiva. Y el romanticismo precisamente, al menos en el plano estético, opone la inspiración a la laboriosidad:

“Cuánta lástima me dan esas infelices muchachas que están aquí ganando un triste jornal, con el cual no sacan ni para vestirse. No tienen educación, son como máquinas y se vuelven tan tontas..., más que tontería debe ser aburrimiento..., se vuelven tan tontas, digo, que en cuanto se les presente un pillo cualquiera se dejan seducir... Y no es maldad; es que llega un momento en que dicen: “Vale más ser mujer mala que máquina buena.” (p. 51)

La cita anterior, es, por un lado, un ejemplo de crítica social. Pero por otro, es también una muestra patente de la disconformidad, el desajuste que se produce por el choque violento de nuevas formas de vida. No es casual que, precisamente la figura que anteponga a la mujer sobreexplotada de las fábricas, sea precisamente la prostituta; ante el aplastante paso del progreso, la única alternativa posible es la absoluta marginación. Uno de los aspectos más sobresalientes del romanticismo español.

Antes de continuar aventuraremos algunas conclusiones. Tenemos, por un lado, a los personajes que presentan ciertos rasgos románticos –sin que por ello se trate de personajes netamente románticos- , enumeramos:

A. Aquellos personajes que anteponen los sentimientos por encima de las convenciones, esto es, el orden establecido. Fortunata, en primer lugar; Jacinta, cuyo instinto materno, la lleva a actuar e involucrarse en situaciones extremas, pasando por encima de su condición de señora respetable; Maximiliano Rubín, quien es capaz, incluso de rebelarse a la autoridad que representa su tía, aunque la manera en que lo dibuja nuestro narrador lo convierte en algo más parecido a una siniestra caricatura.

B. Aquellos personajes marginales que representan los valores románticos en forma caricaturesca. José Izquierdo, representa al liberalismo romántico convertido en oportunista bellaquería y José Ido del Sagrario,

a esa sensibilidad ilustrada que vive en un mundo que desconoce sus cualidades evidentes; y la rebeldía de corte nihilista de Mauricia la dura.

El mendigo español es otra encarnación de ambigua arrogancia romántica, la de la altanería por debajo de los harapos, -Izquierdo y Mauricia la Dura- y la de la libertad del trabajo, la de la vida más allá de todas las obligaciones y todos los prejuicios sociales.

- ¡Qué risa contigo! ¿Pues tú qué sabes? Yo estoy arrepentida de todo lo malo que he hecho; yo he perdonado a todo Cristo. ¿Qué más quieren? Esto que te cuento es, como quien dice, una idea. ¿No puede una tener una idea?... Cuando me muera, veremos, créetelo... el Santísimo me dirá que tengo razón... (p. 448)

Lo primero que sorprende es el hecho de que las actitudes románticas, estén reservadas para las mujeres jóvenes y para los personajes, digamos, marginales, víctimas, incluso de patologías diversas –Max y José Ido. Los sentimientos y la capacidad de asombro, el ensueño, la actitud liberal, etc. eran sólo idóneos para aquellos que no pueden ejercer cierta influencia dentro de las estructuras sociales. Este prejuicio respecto al romanticismo se debe quizá al acusado positivismo de Galdós, que analizaremos en el último apartado del presente trabajo.

Por otro lado, el Romanticismo encarnado y vivido por los españoles apareció, a los ojos europeos, como la realización del Romanticismo, el Romanticismo hecho

existencia. Y desde este punto de vista, ningún país europeo aventaja a España en el rubro de la búsqueda de identidad colectiva y nacional.

Una tarde fueron a comer a un bodegón de Triana porque decía Juanito que era preciso conocer todo de cerca y codearse con aquel originalísimo pueblo, artista nato, poeta que parece pintar lo que habla, y que recibió del cielo el don de una filosofía muy socorrida, que consiste en tomar todas las cosas por el lado humorístico y así la vida convertida en broma se hace más llevadera. (p. 56)

Y es que uno de los pasajes más ilustrativos para el tema del romanticismo dentro de la novela es el pasaje del viaje de bodas de Juanito y Jacinta. Al recorrer país surge inopinadamente el tema de España, como podemos percatarnos, la visión que los novios tienen del pueblo, de la nación española, es aún la idea romántica, quizá porque es la que mejor le acomoda.

Esta prenda hermosa se va desterrando y sólo el pueblo la conserva con admirable instinto. Lo saca de las arcas en las grandes épocas de la vida, en los bautizos y en las bodas, como se da al viento un himno de alegría en el cual hay una estrofa para la patria. El mantón sería una prenda vulgar si tuviera la ciencia del diseño: no lo es por conservar el carácter de las artes primitivas y populares; es como la leyenda, como los cuentos de la infancia, candoroso y rico de color, fácilmente comprensible y refractario a los cambios de la moda (...) esta nacional obra de arte tan nuestra como las panderetas o los toros, no es nuestra en realidad más que por el uso. (P. 10)

Además, el romanticismo poseía un doble y contradictorio ideal femenino: el de la mujer inaccesible, vaporosa, que se sitúa entre las brumas del norte; y el de la voluptuosidad y la pasión sexual hasta la muerte, que encarna en la maja, en la manola, en la mujer andaluza y , en general, española, orgullosa de su origen:

Tendríais que verla por tus propios ojos. Está de rechupete de fijo que ha estado en París, porque sin pasar por allí no se hacen ciertas transformaciones [...] No tiene aire de señora; ni falta..., pero eso no quita que tenga un aire seductor, capaz de... Vamos, que si la ves tiras piedras. Te acordarás de aquel cuerpo sin igual , de aquel busto estatuario, de esos que se dan en el pueblo y mueren en la oscuridad cuando la civilización no los busca y los presenta. [...] ¿te acuerdas de lo que sostenías ..."El pueblo es la cantera, de él salen las grandes ideas y las grandes bellezas. Viene luego la inteligencia, el arte, la mano de obra, saca el bloque, lo talla"... (p. 170)

Si observamos la manera en la que se desplazan los portadores de aquellos valores románticos, ya sean idealistas o de identidad colectiva, al defender con ahínco lo irracional y lo subjetivo nos sorprenderá la manera en que generan conflictos con los que poseen visiones opuestas a la suya. Guillermina, portadora como lo decíamos, de una cosmovisión cercana a la Ilustrada es quien reprende duramente a Fortunata repetidas veces:

"Usted no tiene sentido moral; usted no puede tener nunca principios, porque es anterior a la civilización; usted es un salvaje y pertenece de lleno a los pueblos primitivos." Esto o cosa parecida la habría dicho Guillermina, si su espíritu hubiera

estado en otra disposición. (p. 387)

O, antes, Juanito, “el moderado”, reprende a Jacinta:

Tus buenos sentimientos te hacen delirar, ¿verdad benigna? Yo le he dicho que a las personas muy buenas, muy buenas, es menester atarlas algunas veces. Ésta es un ángel y los ángeles caen en la tontería de creer que el mundo es el cielo. El mundo no es el cielo, ¿verdad, Ramón?, y nuestras acciones no pueden ser basadas en el criterio angelical. Si todo lo que piensan y sienten los ángeles como mi mujer, se llevara a la práctica la vida sería imposible, absolutamente imposible. Nuestras ideas deben inspirarse en las ideas generales, que son el ambiente moral en que vivimos. (p. 164)

Este elocuente párrafo es ¡por supuesto! de nuestro Juanito, y constituye un ejemplo excelente para caracterizar la naturaleza de la siguiente forma de vida colectiva que analizaremos en el presente trabajo: el Moderantismo.

IV. Juanito Santa Cruz, o la forma Moderada de existencia

Atrás quedan, con el romanticismo, la guerra carlista, las reformas de Mendizábal y la regencia de Espartero. Larra se había suicidado. Espronceda había muerto. Se entra en la era isabelina de la moderación y la mediocridad, de la Guardia Civil, los negocios de bolsa y los ferrocarriles con capital extranjero.

Sabemos que Galdós como buen escritor realista y poseedor del andamiaje teórico del Naturalismo, será un escritor que privilegiará la observación sobre la imaginación. Por lo que, a lo largo de este trabajo nos hemos propuesto documentar de qué manera los personajes presentados por nuestro narrador, existieron alguna vez en España, sino como seres de carne y hueso, al menos sí como tipos, en el sentido que el costumbrismo da al término. Esto significa que a partir de diversas costumbres y vicios, nuestro autor, armó seres de carne y hueso. Pretendemos buscar aquellos elementos correspondientes a las principales actitudes, es decir, formas de vida colectiva correspondientes al siglo XIX.

Nos proponemos mostrar que el tipo representado por Juanito Santa Cruz, corresponde de manera exacta a la forma de vida que constituyó el Moderantismo. Es como si Galdós hubiese tomado uno a uno, los rasgos representativos de la forma de vida preconizada por el moderantismo y los hubiese amalgamado para crear un ser de la ralea de Santa Cruz. Adelante haremos una revisión más detallada de las características de Juanito, contraponiéndolas con el modelo moderado y demostraremos cómo el personaje embona perfectamente en el molde, sin que sea necesario ajuste alguno.

El moderantismo es consecuencia natural del desarrollo de las estructuras socioeconómicas. Un acontecimiento fundamental rubricará la naturaleza de la sociedad moderada y los valores que de ella emerjan, dicho fenómeno es, en efecto, el de la desamortización, evento que propició la consolidación de lo que Galdós llama graciosamente “la Dictadura de la Levita”.

La base socioeconómica sobre la que se monta el moderantismo nos resulta familiar, se trata de la desamortización:

Era, por añadidura, la época en que la clase media entraba de lleno en el ejercicio de sus funciones, apandando todos los empleos creados por el nuevo sistema político, comprando a plazos todas las fincas que habían sido de la Iglesia, constituyéndose en propietaria del suelo y en usufructuaria del presupuesto; absorbiendo, en fin, los despojos del absolutismo y del clero, y fundando el imperio de la levita. (p. 22)

El principal imperativo de los moderados será, de entrada, la consolidación de los recientes propietarios, lo cual significaba dotar a los flamantes poseedores de los antiguos bienes del clero de la tranquilidad institucional que necesitaban de manera urgente. Por esto, el valor supremo del Moderantismo será el Orden, Orden compatible, es claro, con una cierta libertad. La función fundamental del estado moderado será la de garantizar el orden, la seguridad y la protección de la propiedad.

Asimismo, es durante el periodo moderado que se impone la necesidad de comunicar España con el resto de Europa y para ello es apremiante construir los

caminos adecuados -libres de bandidos, por cierto, pues la hora del color local ha pasado ya-:

[Isabel Cordero] Vio que las costumbres de Madrid se transformaban rápidamente, que esta orgullosa corte iba a pasar en poco tiempo de la condición de aldeota indecente a la de capital civilizada. Porque Madrid no tenía de metrópoli más que el nombre y la vanidad ridícula. Era un payo con casaca de gentilhomme y la camisa desgarrada y sucia. Por fin, el paleta se disponía a ser señor de verdad. (p.22)

Es en esta época , cuando se crea la Guardia Civil y, es en 1844 -un año antes del nacimiento del primogénito de la dinastía Santa Cruz- cuando se crea la fuerza, que se encargará de garantizar ese orden tan vitoreado. Mencionamos el surgimiento de este cuerpo porque, desde nuestro punto de vista, emblematiza perfectamente la necesidad de orden que mencionábamos antes. La necesidad de seguridad surge cuando la propiedad o la estabilidad de los propietarios se siente amenazada. ¿Cuál era la amenaza que se ceñía sobre la recién adquirida propiedad? La amenaza era inherente a la propiedad misma, que de un origen tan reciente, no había alcanzado a estabilizarse. La nueva clase estaba demasiado consciente de la forma en que se había hecho de la propiedad y dudaba ella misma de su legitimidad, esta situación generaba cierta zozobra en los nuevos propietarios.

Por otro lado, tenemos que España pretende superar el arquetipo romántico y trata de sacudirse los restos del romanticismo que la cubrían. Renuncia a ser el país romántico por excelencia para intentar transformarse en un país moderno europeo, en

lo posible industrial y, sobre todo financiero. La irrupción del progreso enarbolado por el moderantismo corresponde, dentro de la novela, a la etapa del nacimiento y crianza del heredero de Santa Cruz:

En este interesante período de la crianza del heredero, desde el 45 para acá, sufrió la casa de Santa Cruz la transformación impuesta por los tiempos, y que fue puramente externa, continuando inalterada en lo esencial. En el escritorio y en el almacén aparecieron los primeros mecheros de gas hacia el año 49, y el famoso velón de cuatro luces recibió tan tremenda bofetada de la mano del progreso, que no se le volvió a ver más por ninguna parte. (p.20)

Especialmente en el orden del capital, pero, hasta cierto punto, en otros también, España se abre a Europa. Son los primeros intentos de dotar a España de ese bagaje filosófico que la ayudara a conferir a la naciente burguesía un sustrato ideológico que le permitiera emprender la tan postergada tarea de modernización. Es el momento del viaje de Sanz del Río a Alemania y, con él, de la iniciación de un Krausismo español que, asimilado por las clases directoras secularizadas:

...“habría desempeñado el papel de núcleo ideológico central de una burguesía laica que podría haber transformado gradualmente a la sociedad española en una especie de *Resurgimiento* español haciendo tal vez innecesaria la revolución de 1868”.¹⁶

Pero las contradicciones incubadas al interior del estado moderado, su inconsistencia ideológica (precisamente, una de las características esenciales del

¹⁶ Aranguren, *op. cit.*

Delfín), aunadas a la ausencia de ese núcleo ideológico crearían todas las condiciones para la revolución del 68.

Si tuviésemos que escoger una palabra para calificar al moderantismo, esta sería oportunismo. Veamos: los progresistas proporcionaron a los moderados la base socioeconómica del nuevo régimen, mediante la desamortización. El partido moderado, naturalmente, aprovechó las ventajas de la operación y al suspender, llegados al poder en 1843, la venta de los bienes eclesiásticos, atrajo a sus filas a los nuevos propietarios, “ansiosos de justificarse ante la iglesia, la sociedad y su conciencia.” Sin embargo, las maquinaciones moderadas no concluyen en este punto. En 1851 firmó con el Vaticano el concordato, evento que tuvo el efecto de presentar a los progresistas como “los malos”, concibiéndose así, por lo menos hasta la fundación de la Unión Liberal, con el monopolio exclusivo de “Partido de Corte”.

Pero, ¿quiénes eran los moderados? Procedían de campos diversos: realistas reformistas de los años de 1814 y 1820; constitucionalistas desengañados ante los sucesos de 1882 y 1823; burócratas convencidos de las excelencias del nuevo sistema administrativo revolucionario, pero temerosos de la realidad de la revolución; intelectuales de diversa índole, vinculados al antiguo enciclopedismo o bien a las nuevas corrientes del romanticismo histórico, que admitían las circunstancias de la época y procuraban limitar los estragos de los extremistas; burgueses aferrados a sus intereses y amantes de la tranquilidad, aún ante los primeros síntomas del descontento de los obreros; miembros de la jerarquía burocrática sedientos de paz, libertad y orden.

Llamados desde el principio “estatutistas” por ser partidarios del estatuto real, “jovellanistas” por repetir las doctrinas del ilustre pensador, o bien popularmente “maduros”, pues, efectivamente, ya eran muy mayores; los moderados constituyeron una masa amorfa, de la cual, sin embargo, salieron escritores y pensadores brillantes, hombres de acción en la industria y las finanzas, profesores universitarios, en una palabra, la élite dirigente del país.

Su empeño por negar la realidad que palpaban hizo que esta gente navegase a menudo a remolque de las circunstancias y que no supiera digerir la extrema derecha carlista ni dar un lugar adecuado en el movimiento político de la izquierda liberal. A los moderados catalanes, por ejemplo, les faltó:

La solidez económica de la burguesía francesa, el engranaje intelectual de la universidad europea y el doctrinarismo específico de los burgueses del otro lado de los Pirineos.¹⁷

De este modo, nos encontramos con un Moderantismo que es, exactamente, eso: una forma ambigua que reposa entre dos aguas. Pero suspendida sobre una contradicción flagrante: exaltando teóricamente la mesocracia, que decía representar en un régimen ideal, igualmente alejado de la antigua aristocracia y, por ende del absolutismo; pero también distanciado notablemente de la “plebeya” democracia. Para ellos el poder debía recaer en algo tan abstracto como los auténticos *poderes sociales* de la nación.

Como mencionamos antes, la desamortización ofreció la base inicial imprescindible para la estabilización (relativa) del régimen moderado. Pero si se aspiraba a hacer de España un país moderno y europeo, evidentemente era necesario completar esta infraestructura mediante el desarrollo de la industria, el comercio, las finanzas, y la constitución para una eficiente administración:

Para que el progreso pusiera su mano en la obra de aquel hombre extraordinario [don Baldomero el Grande] cuyo retrato debido al pincel de don Vicente López hemos contemplado con satisfacción en la sala de sus ilustres descendientes, fue preciso que todo Madrid se transformase, que la desamortización edificara una ciudad nueva sobre los escombros de los conventos [...] Que las reformas arancelarias del 49 y del 68 pusieran patas arriba todo el comercio madrileño, que el grande ingenio de Salamanca idease los primeros ferrocarriles, que Madrid se colocase, por arte del vapor, a cuarenta horas de París. (p.20)

Tal pareciera que la convivencia de los contrastes será la rúbrica del Moderantismo, el contraste tan marcado entre la *inmoralidad* pública de los moderados en política y su esfuerzo por instaurar el buen orden y, en definitiva, la *moralidad* en la administración. Contraste que, en definitiva, se explica porque políticos y administradores moderados pertenecían, en realidad, a dos “modos de ser completamente diferentes. A los primeros ya los conocemos: militares con afán de mando y muy pocas ideas en la cabeza, políticos financieros más interesados en su fortuna que en la del país y arribistas dispuestos a venderse, con tal de trepar, al mejor

¹⁷ *Ibid.*

postor. En cambio, los hombres de la administración moderada o procedían de la Ilustración o eran discípulos suyos.

El funcionario ilustrado dentro del nuevo sistema borbónico, había ido adquiriendo, a lo largo del siglo XVIII una capacidad y una competencia notables. Pero la guerra de Independencia dio al traste con él y luego se hizo imposible su restauración por el hecho de que el cuerpo de funcionarios fue, casi por entero, afrancesado, y al terminar la guerra hubo de exiliarse o perder sus puestos.

Así, la actitud socioeconómica del Moderantismo se caracterizará, por la impostación, por el agio, la especulación y la inmoralidad pública. En el plano moral le corresponderá una forma ética de vida poco ejemplar. Lo mejor del estilo moderado de existencia es su intento de empalmar con la actitud existencial de la Ilustración y de prolongarla. Pero la pérdida de la fe en las luces de la razón, el escepticismo constitutivo del moderantismo y el apetito de un fácil lucro, hicieron que la austeridad, virtud capital de la Ilustración española, no se manifestase sino, como ya dijimos, en un sector de la administración.

Desmoralización cuidadosamente cubierta por la gazmoñería que, como se ha hecho notar, fue concienzudamente practicada por la “gente seria” que rigió la sociedad, entre 1843 y 1868:

Hija mía de mi alma, hay que ponerse en la realidad, hay dos mundos: el que se ve y el que no se ve. La sociedad no se

gobierna con las ideas puras. Buenos andaríamos...No soy tan culpable como parece a primera vista; fíjate bien. Las diferencias de educación y de clase establecen siempre una gran diferencia de proceder en las relaciones humanas. Esto no lo dice el decálogo, lo dice la realidad. [...] Faltas cometí, ¿quién lo duda? Pero imagínate que hubiera seguido con aquella gente, que hubiera cumplido mis compromisos con la Pitusa. Veo que te ríes, eso me prueba que hubiera sido un absurdo. [...] En cosas de moral lo recto y lo torcido es según de donde se mire. (p.62)

El primer elemento que salta a la vista es el de la religiosidad moderada. La disociación entre la religiosidad pública, impuesta más bien por la costumbre, y el escepticismo interior, es una característica de la forma moderada de vida:

La falta total de un catolicismo liberal y la precariedad de un catolicismo a la vez conservador y relativamente moderno – apenas representado más que por Balmes- hicieron imposible que la religión informara, de verdad, la existencia entera. Por eso encontramos durante esta época moderados que, por supuesto, predicaban *políticamente la Alianza del Trono y el Altar* y son, sin embargo, personal, *privadamente* por completo escépticos; liberales públicamente, anticlericales furibundos que, pese a ello conservan más o menos, la fe católica; grandes damas, la reina a la cabeza, sumamente devotas y aun supersticiosas, cuya moral privada en materia sexual, no tenía nada que ver con la predicada por el cristianismo; y asimismo caballeros cuya respetable y aun solemne religiosidad aparental se aliaba fácilmente con la corrupción de los *mores* político-financieros.¹⁸

¹⁸ *Ibid.*

Esta escisión entre la vida pública y la vida privada es típica del liberalismo entendido a la manera del siglo XIX. La religión -y todas las demás esferas de la vida- son asumidas como simples gestos retóricos más como actitudes públicas que como una auténtica disposición espiritual. Un pasaje que ilustra perfectamente lo dicho anteriormente es aquel gracioso fragmento en el que el incansable Estupiñá mezcla los rezos con los nombres de las mercancías que se ofrecen en los mercados de Madrid a los cuales es asiduo:

El pensamiento se le escapaba hacia la liviandad de las compras y la misa le pareció larga tan larga, que se hubiera atrevido a decir al cura, en confianza, que se menease menos.

El delicioso fragmento escandalizó a algún crítico marxista que sólo alcanza a vislumbrar “la insinceridad con que la burguesía asume sus creencias”. Nunca la burguesía fue tan sincera en sus creencias, el citado fragmento es prueba de ello, simplemente sucede que, con la moral moderada, como ya dijimos, las relaciones de carácter mercantil han invadido todas, absolutamente, todas, las esferas de la vida cotidiana, de la flamante burguesía española de la Restauración.

La nueva religión de la burguesía española es consumir. En el citado libro sobre la revolución burguesa del historiador inglés Eric J. Hobsbawm, asevera que si bien, la aristocracia como clase fue aniquilada de manera fulminante por el liberalismo burgués, el modo de vida aristocrático permaneció durante casi todo el siglo XIX, y el modo de vida de los nobles fue apresuradamente adoptado por los nuevos burgueses. El apodo de “Delfín” que se asigna a Santa Cruz es significativo al respecto.

Al no poder realizarse la completa modernización de España, la clase dirigente se contenta con copiar los rituales de Europa, es decir, de Francia, y la forma francesa de asumir los rituales religiosos se va imponiendo sobre los usos locales. De mismo modo, el resto de las costumbres se produce también el afrancesamiento de las costumbres burguesas, el *thé* francés, por citar un ejemplo, sustituye la costumbre del chocolate por considerarlo oscurantista y anacrónico.

El marqués de Casa-Múñoz se lo decía a Barbarita: “No hay que involucrar. París es muy malo pero también es muy bueno”. (p.7)

En la introducción de nuevas técnicas de control de la vida moderna, los moderados ven con cierta nostalgia, cómo la individualidad se va reduciendo flagrantemente a números. Ante esta nueva ordenación de la vida necesaria, por otro lado, en la nueva sociedad, se experimenta cierta nostalgia de una dignidad individual a la antigua, que se siente herida por la intromisión pública y la contabilización de la existencia.

Las aspiraciones moderadas podrían resumirse de la siguiente manera: bienestar creciente para unos pocos, obtenido mediante habilidades, componendas o especulaciones y “negocios”, y mantenimiento a toda costa del orden establecido. Y por debajo de tan modestas pretensiones , un tremendo escepticismo y una indiferencia total por el pueblo, por la verdadera nación española.

El amor exaltado hasta los cielos, o hundido hasta lo más profundo de los infiernos por los románticos, se ajusta como todo, al patrón general de moderación y mediocridad. El “amor romántico” es concebido ahora como una “aventura” o sucesión de aventuras por las que está bien que los jóvenes pasen antes de contraer matrimonio:

La educación del hombre de nuestros días no puede ser completa si este no trata con cierto tipo de gente, si no echa un vistazo a todas las situaciones posibles de la vida, si no toma el tiento a las pasiones todas: puro estudio y educación pura...No se trataba de amor, porque lo que es amor, bien podía decirlo, él no lo había sentido nunca hasta que le hizo tilín la que ya era su mujer. ¹⁹

Pero el matrimonio y la Familia son, en el ámbito de lo privado, los soportes del orden social, orden que el gobierno tiene por misión mantener también, aunque en otro plano, es decir, el público.

A esta fatiga ruda del espionaje materno, uníase el trabajo de exhibir y airear el muestrario, por ver si caía algún parroquiano o, por otro nombre, marido. Era forzoso *hacer el artículo*, y aquella gran mujer *negociante en hijas*, no tenía más remedio que vestirse y concurrir con su *género* [los subrayados son nuestros] a tal o cual tertulia de amigas. (p. 26)

La sociedad burguesa impone sus principios en materia de moral sexual, principios que aparentemente corresponden a los de la moral cristiana, pero desnaturalizados en su verdadero sentido por la a veces inconsciente, *mercantilización*

¹⁹ Eric J. Hobsbawm, *Las revoluciones burguesas*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1971, p. 27.

de la existencia. La doble moral sexual, diferente para el hombre y la mujer, se comprende muy bien desde esta valoración de la legitimidad, respetable y mercantil de la prole. El marido por el contrario, siempre que se comporte con discreción y no atente a su propia respetabilidad, es libre para contravenir las leyes de la fidelidad:

Antes de continuar, creemos pertinente enumerar los principales elementos de la forma de vida de que trata este apartado:

- a) Una marcada disociación de la personalidad, inconsistencia entre lo que se aparenta, lo que se dice y lo que en realidad se es.
- b) Un fuerte individualismo, que se traduce en un marcado egoísmo e indiferencia por el resto de la sociedad.
- c) La adopción de usos extranjeros de manera mimética, desacordes generalmente con la realidad española.
- d) Mercantilización de la existencia.

Sorprende que existan lectores a los que les desagrade la “benevolencia” con que Galdós trata a un paria de la estirpe de Juanito. Cuando el narrador de la novela se refiere al personaje, lo hace con cierta simpatía, y cuando se anima a realizar una crítica del mismo, lo hace de manera bastante benévola, para la rapacidad de un personaje de este naturaleza. Sin embargo, nosotros creemos que Galdós es un narrador con la suficiente malicia literaria como para asumir partido por alguno de sus personajes, el narrador es un simple observador que muestra la forma en que los mecanismos sociales trabajan. Además, no hace falta emitir juicio alguno, para evidenciar y obtener una conclusión de dicho personaje.

Si miramos a Santa Cruz proyectándolo sobre lo que fue el moderantismo, nos encontramos con que el Delfín es un idóneo hijo de su tiempo. Todas las flaquezas del primogénito de Santa Cruz, son perfectamente explicables, podríamos hacer un cuadro con dos columnas y encontrar en cada una de las actitudes de Juanito cada una de las contradicciones de la época Moderada. ¿Es casual que su nacimiento haya tenido lugar, precisamente en pleno gobierno moderado, en el año preciso de la promulgación de la constitución de 1845, la carta magna que dio fin a la desamortización de los bienes del clero y proporcionó, además, tranquilidad institucional a los nuevos propietarios?

Proyectado en el amplio panorama de la novela -del siglo-, Santa Cruz adquiere su justa dimensión. Nosotros creemos que el personaje se va desdibujando conforme avanza la trama de la novela por dos sencillas razones: primero, porque sus artimañas van siendo descubiertas y, segundo, porque en la medida que interactúa con el resto de los seres que pueblan la obra galdosiana, surge una especie de contraste. Del mismo modo que, contrastado con el liberalismo romántico o con el moralismo ilustrado, el Moderantismo aparece tan desdibujado como una caricatura:

Conviene decir que el joven aquel (Juanito) no era derrochador. Gastaba, sí, pero con pulso y medida, y sus placeres dejaban de serlo cuando comenzaban a exigirle algo de disipación. En tales casos era cuando la virtud le mostraba su rostro apacible y seductor. Tenía cierto respeto ingénito al bolsillo, y si podía comprar una cosa con dos pesetas no era él seguramente quien daba tres. En todas las ocasiones, el desprenderse de una cantidad

fuerte le costaba siempre algún trabajo, al contrario de los dadivosos que cuando dan parece que se les quita un peso de encima . Y como conocía tan bien el valor de la moneda, sabía emplearla en la adquisición de sus goces de una manera prudente, casi mercantil. (p. 89)

En este párrafo se nos habla de la medida y administración de Santa Cruz, en lo que a placeres respecta. Difícil no pensar en los valores del ascetismo, la medida y la buena administración que preconizaran los ilustrados, con la capacidad administrativa de Santa Cruz, capacidad cuyo fin último no es otro que la disipación sensual de Juanito. Si Fortunata, como decíamos, representa ciertos valores románticos, Santa Cruz es el portador innegable del egoísmo y deshonestidad característicos del Moderantismo. Una época de simulación y ausencia total de valores, le cobra la factura a otra que se negaba a aceptar la nueva y cruel realidad. Santa Cruz es un producto idóneo de la época del moderantismo.

Porque Juan era la inconsecuencia misma.(p. 89)

Imposible cerrar este apartado sin mencionar al benefactor de Fortunata: Feijoo, pues su “Curso de filosofía práctica” resume de manera perfecta las aspiraciones y valores de la sociedad moderada. Los consejos que da a Fortunata son el antídoto idóneo contra sus arrebatos emocionales:

Hay que guardar en todo caso las santas apariencias, y tributar a la sociedad ese culto externo sin el cual volveríamos al estado salvaje [lo primero que tienes que hacer es sostener el orden público, quiero decir, la paz del matrimonio, respetar a tu marido y no consentir que pierda su dignidad de tal... Dirás que es difícil pero ahí está el talento, compañera... Hay que discurrir y sobre todo, penetrarse bien del propio decoro para saber mirar por el ajeno. (p. 416)

V. La vida sujeta a leyes

En esta exposición somera de las tres corrientes fundamentales que surgieron en España hasta la llegada del *ethos* positivista de la Restauración, hemos visto cómo cohabitan en una nación llena de contradicciones diversas épocas, con variada fuerza y fortuna. El espíritu positivo es el que penetra más fuertemente al texto, por la obvia razón de que es el espíritu predominante de la época en que se escribe la novela. De tal manera que no es arbitrario afirmar que es el punto de vista del positivismo el que se aplica como filtro para mirar a las otras tres corrientes.

Ello explicaría, el por qué de la simpatía, cercana a la condescendencia, con que nuestro narrador mira la etapa ilustrada y a sus sobrevivientes, es decir, como excentricidades; tampoco sorprende que los elementos románticos estén fuertemente marcados en el pueblo y en la manera con que se le mira. Los personajes que asumen una postura romántica en la novela estén bordados por el signo de la desdicha, o reducidos a una caricatura, que como la representada por Izquierdo, estén tan lejos del ideal que les dio vida. Considerando el punto en el que está situado nuestro narrador, ya no nos sorprende el hecho de que el Moderantismo como etapa histórica genere el franco afecto de un novelista como Galdós, quien bien podría haber sido contemporáneo de Juanito;

El espíritu positivo estaba ya, de algún modo, incubado al interior del Moderantismo. Son demasiados los aspectos que están dentro del texto, pues, de

hecho, toda la novela está recorrida por esa noción. Además, las manifestaciones de las demás formas de vida colectiva que sobreviven para entonces, son miradas a través de un cristal que ha sido pulido por la filosofía positiva.

En Galdós culmina un proceso que recorrió todo el siglo XIX. Su generación sigue creyendo en la modernidad. Los hombres de su tiempo están plenamente convencidos de que la realidad es aprehensible. Sin esta noción no hubiese sido posible la gran novela realista, basada más en la observación que en la imaginación. O, mejor aún, basada en una imaginación que ha sido educada a través de la observación.

Vio que las costumbres de Madrid se transformaban rápidamente, que esta orgullosa Corte iba a pasar en poco tiempo de la condición de aldeota indecente a la de capital civilizada. Porque Madrid no tenía de metrópoli más que el nombre y la vanidad ridícula. Era un payo con casaca de gentilhomme y la camisa desgarrada y sucia. Por fin el paleta se disponía a ser señor de verdad....

...Ese Madrid, que entonces era futuro...(p.22)

Para el tiempo en que la novela se escribe, no era necesario, en absoluto, estar inscrito dentro del naturalismo y sus excesos deterministas para ser poseído por el espíritu positivo. Basta leer una sola página de cualquier novela inscrita dentro del realismo para percibir la seguridad con que el narrador encara los hechos. Esta fe en el conocimiento racional no estaba fundada en simples abstracciones, la nueva actitud estaba cumpliendo algunas de las promesas que había suscrito, en todos lados era posible mirar adelantos tecnológicos, ya desde la época moderada se aplicaban

criterios matemáticos para analizar el comportamiento humano con cierta fortuna. Esta actitud es propia de la época, con la que se puede o no estar de acuerdo, sin embargo, los grandes logros conseguidos por las ciencias naturales durante el siglo de la novela fueron extraordinarios, imposible sustraerse a la idea de *progreso*. Imposible ignorar que “hay una serie de grandes causas generales que dan como resultado la estructura general de las cosas.”²⁰

La marcha general de los acontecimientos. Las religiones, la filosofía, la poesía la industria y la técnica, las formas de la sociedad y de la familia no son, en última instancia, “sino el sello que esta causa general imprime en cuanto acaece.”²¹

Hasta entonces el hombre, y la sociedad en su conjunto, había sido materia esquiva, caprichosa. Con el positivismo –agrega Cassirer –“desaparece la apariencia de lo multiforme”²², cediendo el paso a una uniformidad y a una simplicidad que nada tiene que envidiar a la ciencia exacta de la naturaleza:

Lo mismo en el lenguaje que en el arte, en la religión, en la vida del Estado y de la sociedad, nuestra mirada no acierta a discernir, a primera vista, más que una abigarrada variedad y una sucesión constante de formas sueltas y dispares. Ninguna de ellas es igual a la otra; ninguna se repite jamás exactamente de la misma manera. Pero este abigarramiento y esta confusión no deben cegarnos. También en esta materias debe el conocimiento marchar por los mismos derroteros que en las

²⁰ Ernst Cassirer, *Las ciencias de la cultura*, Fondo de Cultura Económica, México, 1973, p. 121

²¹ Cassirer, *op. cit.*p. 121

²² Ibid

ciencias naturales, reduciendo los hechos a leyes y las leyes a principios.²³

Acabamos descubriendo, de este modo, así en el acaecer físico como en el acaecer espiritual, determinados factores constantes, determinadas fuerzas fundamentales, que actúan siempre del mismo modo.

En el ámbito de la teoría literaria, el gran aporte del siglo XIX es, obviamente, la del naturalismo de Zola, el cual, generalizando abusivamente, pretende trasladar los logros alcanzados por las ciencias al ámbito de la creación literaria. Desde nuestro punto de vista, el naturalismo influyó más en la literatura como una referencia, como un trasfondo cultural que como movimiento en sí.

De hecho, cuando se habla de positivismo y literatura se considera que el asunto comienza y termina con Zola y su movimiento naturalista. Se destaca el esquematismo de dicha corriente y se concluye que ni el precursor de dicho movimiento fue capaz de ceñirse de manera consistente a sus rígidos preceptos. Sin embargo, la influencia del llamado espíritu positivo es demasiado profunda como para agotarse en las prerrogativas del movimiento propuesto por el autor de *Naná*. Es algo que está en el ambiente y pertenece a la sociedad de la época –la sociedad de la Restauración– de manera indisoluble. La novela no quedaría excluida de esta revolución del pensamiento, como ya apuntamos arriba, el realismo necesitaba de ese sustrato filosófico que le otorgara los elementos para encarar la realidad en toda su complejidad sin que esta

²³ Ernst Cassirer, *El problema del conocimiento, en la filosofía y en la ciencia modernas t. IV*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986, p. 298.

quedara desvirtuada y sin que la novela fuera sometida a la condición de un simple informe.

Ahí estriba la genialidad de los grandes narradores realistas, por primera vez en la historia era posible escudriñar los pliegues más recónditos de la realidad y las pasiones sociales, ya que se contaba con el andamiaje cognitivo idóneo, esta herramienta fue, por supuesto, el positivismo. Claro que se cometieron ciertos excesos, de los que la escuela naturalista es el más evidente. La tarea que emprendieron –captar y comprender la realidad en todos sus niveles– era absolutamente inviable, sin embargo, dentro del ámbito estrictamente literario, esta irresponsabilidad y temeridad con que actuaron los narradores realistas produjo frutos extraordinarios, nuestra *Fortunata*, es una de las mejores muestras.

La Novela realista significó la transición del moralismo del siglo XVIII a la *sociología* “que empieza a penetrarlo todo”²⁴, en evidente alusión a Comte:

y, por supuesto, también la novela que aspira a darnos fragmentos de realidad que sean capaces de representarnos lo más vívidamente posible los cambios introducidos por la revolución industrial, la revolución política y la revolución de las costumbres: pero que nos los presenten como si estuviésemos asistiendo a ellos, transformándonos nosotros mismos con ellos.²⁵

²⁴ José Luis Aranguren, *op. cit.* p. 102

²⁵ *Ibid.*

Así la novela, el modo de expresión literaria de la segunda mitad del siglo XIX, desempeña la doble función de autorretrato y consumos literarios de la burguesía. Galdós observa la realidad no como una realidad exterior en forma estereotipada, sino que, al contrario, aspira a explorarla desde dentro de la sociedad misma, desde dentro del hombre mismo, condicionado por los factores religiosos, fisiológicos, sociológicos, psicológicos, económicos y políticos. Por supuesto, era un severo cambio de perspectiva. Ya no era cuestión de adaptación, como en el pasado, a una nueva escuela artística.

El proceso de creación que era tan importante en el arte fue sustituido por la investigación científica y por el razonamiento experimental. La imaginación venía a ser desplazada por la observación. La novela no causaba simplemente un cambio; causaba una convulsión. El objeto de la novela es estudiar, examinar, observar, analizar.

La ciencia no repudia ni perdona; sencillamente, comprueba y explica...Procede exactamente lo mismo que la botánica, la cual estudia con el mismo interés el naranjo que el laurel, el álamo o el pino. Es en realidad una especie de botánica, con la diferencia de que no versa sobre las plantas, sino sobre las obras del hombre. Sigue en este respecto, la tendencia general que hoy acerca a las ciencias del espíritu a las ciencias naturales y que, al ajustarlas a los principios y a las directrices críticas de éstas, les infunde la misma seguridad y les asegura el mismo progreso.²⁶

²⁶ John H. Sinnigen, "Individuo, clase y sociedad en *Fortunata y Jacinta*", en Germán Gullón, *Fortunata y Jacinta de Benito Pérez Galdós*, Taurus, Madrid, 1986.

Para ilustrar las anteriores aseveraciones mencionaremos el trabajo de John H. Sinnigen. Sobre el trasfondo histórico en *Fortunata*. En el citado estudio, el crítico revisa la estructura de *Fortunata y Jacinta* y el crítico concluye que el narrador se propuso realizar una estructura paralela en la cual existe una correspondencia entre las inestabilidades políticas de España y los desasosiegos maritales de Juanito. Pero, desde nuestro punto de vista, hay algo más. Si nos ubicamos en el contexto desde el que escribe Galdós, es decir, la segunda mitad del XIX, nos encontramos con una especie de equiparamiento entre la vida sentimental de Juanito Santa Cruz y la vida política de España.

Hay momentos en la vida de los pueblos, quiero decir, en la vida del hombre, momentos terribles, alma mía...(p.59)

Con los elementos proporcionados por nuestro crítico, inferimos que existe cierta correspondencia entre los niveles público y privado, la política es objeto de opiniones y análisis por parte del narrador, del mismo modo que lo es la vida privada del personaje: para el positivismo decimonónico existen leyes dentro del comportamiento político de los pueblos, tal parece que Galdós abraza la teoría cíclica de la política a la que corresponde una teoría cíclica de los seres humanos.

Esta visión encarna una actitud, es decir, un modo de entender la realidad. Para Galdós, como para la mayoría de los intelectuales de su época, la vida sentimental está también sujeta a leyes, lo mismo que la vida política y social. Con lo cual no queremos decir que estén determinadas ni que los personajes galdosianos sean presas del

destino inmutable. Simplemente sucede que son objetos susceptibles de estudio, sobre los que se pueden aventurar toda una serie de conjeturas.

No nos encontramos ante un narrador omnisciente, en el estricto sentido de la palabra, porque nuestro narrador no aspira a controlarlo todo, simplemente se sabe poseedor por vez primera, de toda una serie de herramientas de análisis, además es presa de una actitud que no dejará un solo hecho sin explicación. No es un narrador que lo sabe todo, es un narrador que *puede* saberlo todo, en otras palabras que se muestra capaz de llegar al conocimiento; el narrador omnisciente trabaja mediante una especie de pacto de verosimilitud con el lector, el cual acepta de buena fe que el narrador lo sabe absolutamente todo acerca de sus personajes y la obligación del lector estriba en aceptar la información proporcionada por el narrador sin cuestionar un ápice la verosimilitud de la misma. Es un pacto para “creer o dejar de leer”.

Nuestro narrador, en cambio, es *capaz* de saberlo todo. Puede llegar al conocimiento de la materia narrada porque cuenta con el bagaje teórico para ello. Puede aventurar conjeturas sobre la moda, el lenguaje, los diversos usos y costumbres porque *sabe* que es capaz de entender los diversos fenómenos que le rodean:

Aquel desventurado era como otros muchos seres que se pasan la mayor parte de la vida fuera de su sitio, rodando, rodando sin llegar a fijarse en la casilla que el destino les ha marcado. Algunos se mueren y no llegan nunca; Izquierdo debía llegar, a los cincuenta y un años al puesto que la providencia le asignara en el mundo, y que bien

podríamos llamar glorioso. Un año después de lo que ahora se narra estaba ya aquel planeta errante, puedo dar fe de ello, en su sitio cósmico. *Platón* descubrió la ley de su sino, aquello para lo que exclusiva y *solamente* servía. Y tuvo sosiego y pan, fue útil y desempeñó un gran papel, y hasta se hizo célebre y se lo disputaban y le traían en palmitas

Un punto fundamental es el que los personajes luchan para satisfacer sus deseos. Por consiguiente, en la dramatización del conflicto entre las fuerzas que favorecen y las que se oponen al deseo de los personajes, consiste la acción de nuestra novela. De este campo de acción surgen y se revelan las diversas crisis y los varios dilemas religiosos y sociales que el alma española experimenta y trata de resolver y, con este proceso, se encamina la sociedad hacia la perfección. Hacia la evolución.

Como el dilema que enfrenta Fortunata cuando el cura le exige respeto a su hermano, con quien se casará:

Me comprometo a curarle a usted esa enfermedad de la imaginación que consiste en tener cariño al hombre indigno que la perdió. Conseguido esto, amará usted al que ha de ser su marido, y lo amará con ilusión espiritual, no d los sentidos..., ni más ni menos.(p. 249).

La novela realista española, por consiguiente, se valdrá de la aplicación del método experimental, es decir, el método científico que proclama la libertad de pensamiento, el estudio de la naturaleza y del hombre por medio de la observación y del análisis con el

propósito de obtener para la humanidad las mejores condiciones o los mejores efectos morales y sociales. De enarbolar la idea del progreso.

Nuestro narrador nunca deja un cabo suelto, está fuertemente interesado tanto en lo que dicen sus personajes, es decir, le interesa la materia de sus discusiones, ya se trate de los álgidos momentos políticos en que viven inmersos los personajes, o se trate de la simple cháchara de, por ejemplo, Estupiñá. Si tuviésemos que hacer un listado de los campos que competen a nuestro narrador nos encontraríamos con un monstruo que conoce cada pliegue de la realidad.

Más que narrador, nos encontramos con una especie de guía que *sabe* y *conoce*. Resulta ingenuo descalificar a escritores de esta naturaleza por el estilo frío y directo, por la frase directa e impersonal. La finalidad de nuestro escritor ya no es la del deleite por medio de la frase afortunada, la naturaleza de obra como la nuestra es la misma que la de un informe. El narrador es un informante que nos está mostrando los acontecimientos tal como sucedieron, proyectados directamente sobre el trasfondo de un tiempo histórico preciso. Y es el tiempo histórico o la conciencia del mismo que el narrador posee, lo que determina nuestra lectura, porque los distintos puntos de vista que ingresan a la novela, es decir, el modo ilustrado, el romántico y el moderado, son juzgados a través del despiadado punto de vista del positivismo. Quizá por ello los personajes están pintados con rasgos tan acentuados, casi caricaturescos.

La sapiencia lingüística de Galdós no se detiene en la simple reproducción de los dialectos correspondientes a cada una de las clases sociales, no se contenta con mostrar, sino que procura explicar:

Este modo de hablar de la tierra ha nacido en Madrid de una mixtura entre el dejo andaluz, puesto en moda por los soldados, y el dejo aragonés que asimilan todos los que quieren darse aires varoniles. (p.109)

Basta leer algunas páginas de la novela de Galdós para tener una idea de la manera en que una visión recorrida por la nueva filosofía se encontraba presente

¿En qué consistía que habiendo sido él educado tan rígidamente por don Baldomero I, era todo blanduras con su hijo? ¡Efectos de la *evolución educativa*, paralela de la *evolución política*! P. 18.²⁷

Porque es el reflejo de la nueva clase en el poder, la burguesía, y un acertado análisis del proceso de su ascenso y sus maneras de afianzarse en el gobierno, otro de los aspectos destacados en el positivismo de Fortunata y Jacinta. En esa tendencia burguesa, los individuos luchan en silencio por convertirse en posible sucesor o amigo de los sucesores del poder.

²⁷ Ernst Cassirer, *El problema del conocimiento, en la filosofía y en la ciencia modernas t. IV*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986, p. 298.

Queda una pregunta en el aire. ¿Basta con el progreso social y la introducción de la sociología para resolver los problemas existenciales del hombre y la sociedad en que se desarrolla?

VI. Sinrazones. Maximiliano Rubín

Una vez finalizado el recorrido histórico social podemos centrarnos en la cuestión ontológica del alma española que se extiende dentro de la novela, al conformar, unificar y consolidar la esencia de una época y del hombre en ella divagando.

La sustancia espiritual e inmortal de España en el siglo XIX, su alma, dio vida y aliento a la sociedad. Fue el principio de vida del comportamiento colectivo, dentro del cual pudimos vislumbrar al hombre interrelacionado con lo cotidiano y la ideología, con lo terrenal y lo divino; entendiendo, sintiendo, rechazando o defendiendo los valores sociales ya interiorizados.

Con *Fortunata y Jacinta* asistimos a la representación y cuestionamiento de esa moral social española; de los aciertos, problemas, soluciones y dilemas de la vida humana fluctuando entre el apego a las normas sociales, con su fuerza directiva y restrictiva, o la victoria de la individualidad, con su fuerza espiritual resonando.

Conflicto entre bienes morales que aparentemente se logra conciliar mediante la *institucionalización del comportamiento*. Las instituciones de la conducta siempre se han encargado de dictar los valores para conducirse y actuar colectivamente. Al presenciar el retrato de la España dibujado por Galdós, palpamos las instituciones de la caridad, la pureza, la libertad, el respeto, el amor mismo, entre muchas más. Parece que la existencia y los sentimientos sujetos a pautas, condicionamientos, determinismos

o leyes es la única respuesta al caos emanado del inagotable manantial de conflictos mundanos y, en el peor de los casos, a la toma de conciencia que enfrentan algunos personajes.

Parece también que el progreso y el bienestar entendidos desde el punto burgués, deben ser los verdaderos y únicos anhelos del hombre y la sociedad. Ya sentenciaba Galdós:

Está enorme masa sin carácter propio, que absorbe y monopoliza la vida entera, sujetándola a un sin fin de reglamentos, legislando desafortunadamente sobre todas las cosas, sin excluir las espirituales, del dominio exclusivo del alma, acabará por absorber los desmenuados restos de las clases extremas.²⁸

Sabemos que si bien las instituciones propician la estabilidad social, también generan *actos vacíos de significado*, cuya expresión social es la inercia, el aforismo, la alienación; y su expresión individual es la desmoralización, la apatía y la estática. Ahí radica la malversión y perversión del positivismo, del moderantismo, del romanticismo, de la ilustración y de todas las posiciones teóricas que olvidan la autenticidad del individuo, carencia que refleja cual espejo, la ausencia de autenticidad colectiva, de identidad de lazos grupales.

²⁸ Benito Pérez Galdós, *La sociedad presente como materia novelada* (1897), www.analitica.com/biblioteca/galdos

Afortunadamente Galdós propone la transgresión de esa ilusoria y deformada moral, como único camino del hombre perfectible, no sin mostrar la paradoja implícita en tan subjetivo acto: el desorden de lo establecido. La narrativa realista permite y provoca la rebelión ante lo prohibido como una panacea para el hombre insatisfecho, desidentificado, alejado de las normas y valores que se le imponen: para el ser en busca de su propio espíritu, de su ética.

Con *Fortunata y Jacinta* Galdós evidencia que para el mejoramiento social es imperante, primero, *renovar los valores* morales y espirituales que guían al hombre; después, por repercusión, los valores del alma comunitaria. Mas el destino del hombre escindido de la moral social dominante es caer en conflicto interno, en la fragmentación, auguran los fieles seguidores del conservadurismo:

El fragmentarismo disociador, ya sea dentro del ser humano mismo o dentro del contexto mayor de la sociedad, lleva a la desarmonía y a la desintegración de los elementos.²⁹

Esa moral burguesa condena la regeneración moral aludiendo y agazapándose en conceptos como libertinaje, vulgaridad, falta de educación, falta de razón. En otros casos, lo que es peor aún, los individuos se niegan voluntariamente a transformarse orgullosos de su condición, sintiendo, creyendo, en la ilusión de actuar y vivir conforme a sus deseos verdaderos. Presumiendo

²⁹ Gustavo Correa, *Galdós y la ideología burguesa en España: de la identificación a la crisis*, Alicante. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002. www.cervantesvirtual.com

ser dueños del destino y directores de sus acciones, permanecen totalmente complacidos en la despreocupación y descomplejización diaria.

Fortunata y Maximiliano personifican en la novela esa reorientación de valores. Por ello son juzgados en sus actos, pensamientos y proyecto de vida. La represión que sufren a veces es severa, otras indulgente; en ocasiones impuesta, otras autoimpuesta; con frecuencia externa, otras tantas interna. Pero invariablemente los obliga a expiar las culpas reparando en sí mismos el daño, o a pagar su delito de desviación social con la condena moral.

Ambos personajes representan al ser humano límite saltando entre lo permitido y lo prohibido en aras de sus sueños, derribando fronteras espaciales, corporales y sociales; siguiendo fielmente el anhelo del autor:

Tengamos el propósito firme de adquirir vida robusta y de creer con todo el vigor y salud que podamos. Declaremos que es innoble y fea cosa el vivir con media vida y procuremos arrojar del alma todo resabio ascético
... de todos las especies de muerte que traiga contra nosotros el amojamado esperpento de las viejas rutinas, resucitemos³⁰.

Pero en Fortunata y Jacinta la transgresión sólo es posible como un sacrificio, como un acto de amor. Amor entendido bajo estilo platonista: como un sentimiento de estima personal *sumándose a la colectividad*. Como todo deseo de cosas buenas y de

³⁰ Benito Pérez Galdós, *La sociedad presente como materia novelada* (1897), www.analitica.com/biblioteca/galdos

felicidad. Deseo de que lo bueno sea de uno para siempre. El amor es y rebasa la emoción que liga a las personas. Es un acto espiritual que une al hombre, a la sociedad y al cosmos. Un fluir de pasiones voluntariamente incontrolado. Y sobre todo, es procreación, tanto corporal como espiritual.

Una cosa que vale más que la vida misma: el amor..., el amor, sí, iniciado como sentimiento exclusivo y personal extendido luego a toda la humanidad³¹

No obstante, en *Fortunata y Jacinta* más allá de los entramados del amor, la cercanía y lejanía entre prohibición - transgresión son insalvables, porque en la sociedad de su siglo - seguramente también en la nuestra - la conciliación sólo es posible en la mente, en los ensueños, no en la praxis. En la dialéctica social existen rejas que jamás se cruzan.

Si bien las buenas conciencias, resignadas y conformes, logran transgredir ciertas normas, con permiso de la sociedad, superan la transgresión para retornar a la madriguera de la moral burguesa, con lo cual sus valores, su sentir, no se modifica, ni daña la estructura social. Por su parte el pueblo, el vulgo, cuando transgrede lo hace con la conciencia del autosacrificio; parece aplastado por la condena y el castigo social ante los exabruptos de su mal llamado "individualismo", por su visión anárquica preponderando sobre la moral social.

³¹ Gustavo Correa, *Galdós y la ideología burguesa en España: de la identificación a la crisis*, Alicante. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002. www.cervantesvirtual.com

Maximiliano y Fortunata, al ser evidenciados, ignorados o castigados, desfallecen en ciertos lapsos de tiempo ante la tentación de apego a la moral burguesa. Fortunata, íntimamente pero con ahínco, desea ser virtuosa para realizar su amor con Juan. Mientras Doña Lupe, cuestiona e incita a Maximiliano – siempre que le es posible- a adherirse a los convencionalismos:

Esta vida no es más que un mediano pasar: así lo encontramos y así lo hemos de dejar.

...¿Qué saca usted de ponerse a cavilar sobre si el alma es esto o aquello?... no si lo que digo es que el alma tiene el pago que merece
(p. 511)

Sólo un esfuerzo supremo les llevará a la transformación personal. Es entonces, en el momento de máxima confusión, cuando Galdós plantea una sátira del conformismo en sus personajes primarios, interiorizando, intimando, acercándose a su estado onírico, en vigilia o no, para alejarlos del conflicto existencial y procurar placer a su atribulado cuerpo, a sus caóticas ideas .

Aparentemente los personajes principales logran la realización de sí mismos en los nudos de la novela: Fortunata entra al convento a purificarse, con lo cual supera su espíritu, eleva su cuerpo sobre los anhelos pasionales y es aceptada en sociedad; Juanito consigue otra amante logrando superar el tormento de su triángulo amoroso; Jacinta supera su sentir de castración materna al obtener el hijo de Fortunata; Maximiliano logra transformar su personalidad para alcanzar el amor de su esposa.

Sin embargo, esa reivindicación satírica continúa institucionalizada en el respeto, la maternidad, la familia y el amor mismo, como los entienden y regulan el sistema y la moral dominantes; exhibiendo nuevamente actos vacíos de significado. A eso se añade la ironía de obtener el bien deseado cuando ya es muy tarde. A la sazón, florece una alternativa: la reivindicación moral propia, a la que únicamente se llega con el desarrollo personal y la *educación del ser*.

Educación no institucionalizada, fuera de los determinismos de una corporación social, concebida como guía normativa de la conducta, como elemento ineludible para la trascendencia personal e indispensable en el mejoramiento social. Educación entendida como fuerza liberadora del espíritu, para lograr la autorrealización, para superar la apariencia social con la *autenticidad y el autoconocimiento*.

Autoformación *despertadora de la conciencia* y alertadora de la institucionalización del comportamiento. Que elimina la sinrazón y devuelve su identidad al ser humano, propiciando una nueva moralidad humanista y humanitaria. Para ejemplificar esta visión, regresamos a Maximiliano Rubín:

En los comienzos de aquella vida, Maximiliano abandonó mucho sus estudios, pero cuando fue metodizando su amor, la conciencia de la misión moral que se proponía cumplir le estimuló al estudio, para hacerse pronto hombre de carrera... se notaba más despierto (p. 203)

Maxi, un personaje despreciado, vituperado, humillado, manipulado, olvidado por su continua cercanía al fracaso. Hombre al que se concibe en la dualidad; entre la cordura y la deshumanización; entre el sentimiento exaltado y la locura:

El goce de Maximiliano consistía en pensar e imaginar libremente a sus anchas, figurando realidades y volando sin tropiezo por los espacios de lo posible, aunque fuera improbable (p. 184)

Rubín se mueve entre la razón y el espíritu; demostrando siempre que no es fácil ni quizá posible poseer un bien moral sin reprimir otro. El hombre segregado actúa conforme a la idea filosófica de que el placer por naturaleza conlleva su gran dosis de dolor, cuanto más si está fuera de las normas aceptadas; por ello lánguidamente declara negando su propia existencia, el ser, el trabajo, la ciencia; todo lo que es posible negar:

La idea de la muerte es grata a mi alma. La muerte es la esperanza de realizar en otra parte lo que aquí no ha sido más que una tentativa (p. 493)

No obstante, Maximiliano es el único personaje capaz de transformar su personalidad, sin hundirse en el prosaísmo; por el contrario, logra autorrealizarse a pesar del rechazo social, sólo por amor a Fortunata. Y aún a pesar del desamor que ella le muestra y la traición, tras haber rozado la desesperación y los límites del bajo fondo en sus partes más hirientes, por amor a sí mismo nuevamente cambia.

Porque Rubín podría ser un tonto: pero no era un tonto vulgar, era uno de esos tontos que tocan lo sublime con la punta de los dedos (p. 216)

Para él, acercarse a la felicidad y el perfeccionamiento es no caer en actos vacíos de significado, sino actuar con convicción y un firme propósito; es no olvidar el ideario propio; no pertenecer a los demás, mientras se es de todos y de nadie. Rescatar su dignidad:

Cuando yo era tonto, érale por carecer de un objeto en la vida. Porque eso son los tontos: personas que no tienen misión alguna.(p. 204)

Maximiliano es desvalorizado ante la sociedad por sus pasiones, instintos, anomalías, inadaptaciones, achaques y desenvolvimiento social. Una y otra vez se interroga el mismo sobre esto, buscando un cambio. Transformación que los demás sólo perciben como mal mortal y espiritual, como una maldición por transgredir las leyes de la moral y elegir una mujer no honrada. Ante lo cual él, eludiendo las obligaciones sociales, socarronamente afirma:

Esto me lo dice mi razón, amigo Ballester, mi razón, que hoy, gracias a Dios, vuelve a iluminarme como un faro espléndido. ¿No lo ve usted?... ¿Pero no lo ve?...
...Porque yo veo ahora todos los conflictos, todos los problemas de mi vida con una claridad que no puede provenir más que de la razón....
... El mundo acabó para mí. He sido un mártir y un loco...(p. 651)

Es Rubín quien demuestra, evita y al mismo tiempo legitima con sus desvaríos la moral social y sus estereotipos falsamente escondidos. Mas también comprueba que si bien la conducta está determinada por la situación contextual y tiende a ser institucionalizada, conducida, *puede el hombre trascender sobre el sinsentido* del caos y el control social, moral, económico, político; para captar el alma del pueblo y reproducirla evitando ser arrastrado:

¡ Dichosos mil veces, amigo mío – exclamó Rubín con entusiasmo - , los que han llegado, como yo, a este grado de serenidad en el pensamiento! Usted está aún atado a las sinrazones de la vida; yo me liberté y vivo en la pura idea. (p. 651)

En tanto Fortunata se bifurca por lo que es y lo que no es, pero desea fervorosamente, Maximiliano delira por lo que es y lo que puede llegar a ser; es decir, por conocerse y reconocerse hasta el hartazgo de lo minucioso, al tiempo que comprende su rol en el fragmento de la historia que día con día forjan los individuos.

Lucidez lograda a costa de la existencia entera. Cordura que cuesta una vida aprehender y entender. Escrupulosidad de acción que le permite irónicamente elegir como lugar de sobrevivencia un símbolo de la represión, la degradación, de los límites espaciales y mentales impuestos por la burguesía: el manicomio.(p. 652)

Lo acepto, lo acepto y me callo, en prueba de la sumisión absoluta de mi voluntad a lo que el mundo quiera hacer de mi persona. No encerrarán entre murallas mi pensamiento. Resido en las estrellas.

Pongan al llamado Maximiliano Rubín en un palacio o un muladar...
Lo mismo da.

El análisis de la conciencia que efectúa Galdós, abarca aquí todas sus dimensiones. Con una propuesta científica que actualmente podemos calificar de interaccionista –dialéctica, propone un cambio cualitativo, un salto mortal en el hombre, en la sociedad.

Con ello el autor nos afirma que las estructuras se agotan y es necesario siempre proponer soluciones, observar las necesidades, anticipar y guiar los cambios, crear áreas diversas de oportunidades, para mejorar e incrementar la velocidad del cambio en el hombre y la comunidad.

Podemos concluir entonces que en Fortunata y Jacinta Galdós concebía el perfeccionamiento del ser aparejado a la educación, cuyas características intrínsecas son: su carácter humano, la presencia de un ideal a alcanzar, un proceso continuo y dinámico a lo largo de toda la vida, donde el sujeto actúe participativamente y, tenga una influencia sociocultural.

Es decir, el perfeccionamiento moral buscado por Galdós, abarca todas las dimensiones del fenómeno educativo: individual, social, espacial, ideológico, filosófico, práctico, teórico y epistemológico.

Pero el conocimiento o saber adquirido por la educación es un medio, no un fin. El verdadero fin es el desarrollo humano. El conocimiento del ser conciente, tanto en lo científico como en lo espontáneo; en lo público y lo privado. El breve párrafo final, nos sintetiza la coherencia estética de la novela, que construye un imaginario entre lo real, la ficción y lo verosímil de la superación del hombre, de su desarrollo ontológico.

Con un sentido heurístico y holístico, involucra la ontología en su novela, exhibiendo al ser y su relación con la realidad en el país que le vio nacer. Al interiorizar los problemas históricos, culturales y sociales, logra exteriorizar vías de respuesta noveladas.

Epílogo

Una vez surcados los inquietantes mares ontológicos de la novela, cerramos el ciclo depositando algunas ideas finales en el mismo sentido filosófico de la trascendencia del ser. Visionariamente aseveró Aristóteles:

El alma no tiene ningún otro escape de sus vicios ni otra salvación más que hacerse mucho mejor y más sensata.

Ahondando en la ontología, coincido con Galdós en que la educación ha exigido y exige un cambio de rumbo y readaptación constante, flexibilidad. Concuerdo con el personaje-autor o autor-personaje que propone una nueva moral: la utilidad del ser humano, pleno y auténtico, para la sociedad. Mas pienso en una utilidad forjada en el humanismo. Clamo por la educación que se iguala no solo al acto de amor, sino a la evolución., para culminar en la toma de conciencia, entendida como noción de organización e integración personal o colectiva.

No obstante, en el proceso de evolución educativa, a lo largo de la historia se ha abierto en todo el mundo un profundo boquete que ni filosofías, ni conceptualizaciones, ni los siglos XX y XXI han logrado tapar. Una grieta que amenaza con escindir aún más al ser humano, a la sociedad y a la moral de los tiempos venideros.

Por esos retos impostergables toma significado y vigencia el lúcido constructo galdosiano. Ante ello y reconociendo que, igual a Maximiliano Rubín, ha sido olvidada y

poco reconocida la magnífica obra del realismo español, *Fortunata y Jacinta*, cuya riqueza literaria hemos pretendido mostrar, ensalzamos una nota de Galdós, para muchos pretenciosa y utópica:

Lo primero que se advierte en la muchedumbre a la que pertenecemos es la relajación de todo principio de unidad. Los grandes y potentes energías de cohesión social no son ya lo que fueron; ni es fácil prever que fuerzas sustituirán a las perdidas en la dirección y gobierno de la familia humana. Tenemos tan sólo un firme presentimiento de que esas fuerzas han de reaparecer ³²

³²Benito Pérez Galdós, *Soñemos, almas soñemos. Alma Española*, (8 noviembre 1903), disponible en www.analitica.com/biblioteca/galdos

REFERENCIAS

Aldaraca, Bridget A. *El ángel en el hogar: Galdós y la ideología de la domesticidad en España*, Visor, Madrid, 1992.

Aranguren, José Luis L. *Moral y sociedad. Introducción a la moral social española. del siglo XIX*, Taurus, Madrid, 1981.

Armiño, Mauro. *Parnaso, Diccionario Sopena de literatura. Tomo I, Autores españoles e hispanoamericanos*, Ramón Sopena, Barcelona, 1972

Cassirer, Ernst. *Las ciencias de la Cultura*, Fondo de Cultura Económica, México, 1969.

Cassirer, Ernst. *El problema del conocimiento*, Fondo de Cultura Económica, México, 1966.

Comte, Augusto. *La Filosofía positiva*, Porrúa, México, 1982.

Correa, Gustavo, *Galdós y el platonismo*, Yale University, Alicante. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003. www.cervantesvirtual.com

_____ *Galdós y la ideología burguesa en España: de la identificación a la crisis*, Alicante. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002. www.cervantesvirtual.com

Gilman, Stephen. *Galdós y el arte de la novela europea 1867-1887*, Taurus, Madrid, 1985

Gullón, Ricardo, *Galdós, novelista moderno*, Gredos, Madrid, 1966.

Hobsbawn, Eric J. *Las revoluciones burguesas*, Guadarrama, Madrid, 1971.

Izquierdo, Lluís, *Notas a una escena de Fortunata y Jacinta: sueño y tráfico urbano*, Alicante. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2004. www.cervantesvirtual.com

Marías, Julián. *El tiempo que ni vuelve ni tropieza*, E.D.H.A.S.A., Barcelona, 1964

Nisbet, Robert et al. *Cambio social*, Alianza, Madrid, 1979.

Paolini Gilberto, *Inquietudes éticas de los escritores de fin del siglo XX*. Tulane University, Alicante. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2004. www.cervantesvirtual.com

Pérez de Ayala, Ramón. *Nuestro Séneca y otros ensayos*, E.D.H.A.S.A., Barcelona, 1966.

Pérez Galdós, Benito. *Fortunata y Jacinta*, Porrúa, México, 1989.

_____ *Soñemos, almas soñemos. Alma Española*, (8 noviembre 1903), disponible en www.analitica.com/biblioteca/galdos

_____ *La sociedad presente como materia novelada* (1897), disponible en www.analitica.com/biblioteca/galdos

Rápale, Suzanne, *Un extraño viaje de novios*, Aix en Provence France, Alicante. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003. www.cervantesvirtual.com

Ribbans, Geoffrey. "La historia contemporánea en la estructura y en la caracterización de *Fortunata y Jacinta*", en Germán Gullón ed., *Fortunata y Jacinta de Benito Pérez Galdós*, Taurus, Madrid, 1986.

_____ *Los altibajos de la crítica galdosiana*, Brown University Providence, Alicante. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002. www.cervantesvirtual.com

Rodríguez-Puértolas, Julio, *Galdós: Burguesía y revolución*, Turner, Madrid, 1975.

Sarrailh, Jean. *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, Fondo de Cultura Económica, México, 1957

Servén, Carmen, *Fortunata y su época: sobre los modelos de mujer en la España de la restauración*, Universidad Autónoma de Madrid, , Alicante. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003. www.cervantesvirtual.com

Sinnigen, John H. "Individuo, clase y sociedad en *Fortunata y Jacinta*", en Germán Gullón ed., *Fortunata y Jacinta de Benito Pérez Galdós*, Taurus, Madrid, 1986.

Vidal Tibbits, Mercedes, *Transgresión en la familia de León Roch*, Howzrd University, Alicante. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003. www.cervantesvirtual.com

Zahareas, Anthony N, *El sentido de la tragedia en Fortunata y Jacinta*, New York City, Alicante. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2004. www.cervantesvirtual.com